

# EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«Romanus Pontifex potest et debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentiori utilitate sese reconciliare et componere.»

DIARIO DE LA TARDE.

Proposición condenada por la Santa Sede.

«El Romano Pontifex potest et debet cum progressu, cum liberalismo et cum recentiori utilitate sese reconciliare et componere.»

PRECIOS DE SUSCRIPCION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 10 rs. al mes y 100 por trimestres en casa de los comisionados. Y 12 rs. al mes y 120 por trimestres en la administración.—En el Extranjero: 15 rs. trimestre.—En Ultramar: 20 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRIPCION.—Madrid: En la Administración, calle de Silva, número 49, entresuelo, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, López, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

## ADVERTENCIA.

Los señores suscritores de provincias cuyo abono concluye en 31 del presente mes, se servirán renovar oportunamente si no quieren experimentar retraso en el recibo del periódico.

No se admite otra clase de sellos que los de franqueo ó certificado de cartas, y la administración sólo responde del recibo de los que le envíen en carta certificada.

## PARTE EXTRANJERA.

Tres han sido los periódicos franceses sobre quienes en forma de advertencias han caído los rigores con que el Gobierno bonapartista quiere destruir el efecto producido por las relaciones verdaderas, respecto a la indigna superchería de que se valió el conde de Sartiges para ofender la majestad del Soberano Pontífice con sus defensas del repugnante y pífido tratado franco-sardo y con amenazas.

Estos tres periódicos han sido: el *Monde*, la *Union del Oeste* y el *Phare de la Loire*. De ellos, el segundo nos ofrece pormenores de la superchería del representante francés en Roma, que merecen ser conocidos.

«Mr. de Sartiges dice la *Union del Oeste*, ha ido a ver al Papa, y puesto que es menester decirlo todo, le aquí, según lo que refieren los personajes más importantes de la corte pontificia, el medio de que el embajador francés ha creído que debía valerse para conseguirlo. Habiendo con Mr. Berardi, subsecretario de Estado, Mr. de Sartiges dijo que era cosa digna de ser lamentada, que el cuerpo diplomático en Roma no tuviese fácil acceso a la presencia del Papa. En otros países decía, un diplomático encuentra mil medios de hablar frecuentemente al Soberano; pues hay bailes, recepciones, banquetes y partidas de caza; mientras que aquí es preciso solicitar una audiencia del Pontífice, y expresar el objeto de ella. Mr. Berardi explicó naturalmente a su interlocutor los motivos de estas diferencias.

«El Vicario de Jesucristo le dijo no es un Soberano cualquiera: sus palabras tienen otra importancia, y sus cuidados son tantos y de interés tan grande, que no le dejan tiempo para ocuparse en materias de escasa valía. Casi siempre las audiencias que concede son para ofrecer un consuelo, una satisfacción, y una gracia espiritual a los que son admitidos a ellas.» Sartiges manifestó a monseñor Berardi el sentimiento que le producía la imposibilidad de ser recibido por el Padre Santo, no como embajador, sino cual si fuera un simple fiel, sobre todo en la época que se anuncia.

A lo cual monseñor Berardi respondió: «Señor embajador, yo he de ver al Papa hoy mismo, y tendré el honor de exponerle vuestros deseos.» Monseñor Berardi cumplió su palabra, y el Padre Santo le manifestó que recibiría gustoso a M. de Sartiges cuantas veces deseara verle como particular.

De esta manera consiguió el embajador presentarse al Papa. Lo que sucedió en esta visita lo sabemos ya, y únicamente añadiremos que el Papa se mostró muy frío, no tanto porque Sartiges no guardase en la forma un profundo respeto, sino porque le habló del convenio, y este, ahora más que nunca, es juzgado en Roma como una ofensa a la dignidad de la Santa Sede. En efecto, en Roma se lamenta la contradicción del Gobierno francés, que por un lado reivindica el título de defensor de la Santa Sede, y por otro trata los negocios del Papa sin contar con el Papa, pero sí con sus enemigos más encarnizados.

Debemos añadir que al declarar el conde de Sartiges en esta entrevista que Francia ejecutaba el convenio, y que las tropas serían retiradas el 13 de Diciembre de 1866, tuvo cuidado de expresar una reserva, sobre la cual merece fijarse la atención. «Salvo, dijo, las eventualidades que pueden ocurrir de aquí allí.»

Esperamos que estos pormenores que damos bastarán para edificar a los lectores acerca de los mentis del *Constitutionnel*, y para justificar la actitud del Papa, así como su repugnancia a que en su presencia se hable del convenio franco-sardo.

En la advertencia con que el Gobierno ha castigado estas verdaderas revelaciones, se dice oficialmente que dichas revelaciones son falsas; pero si el diario castigado no tuviera la desgracia de vivir bajo el oprobioso y pesado yugo de un régimen nacido y criado al calor de los liberales principios del 89, ¿podía con palabras del *Morning Post*, periódico inglés, y cual se dice que paga a inspirar a Napoleón III, expresar el valor que la misma *opinión pública* da ya a los desmentidos oficiales.

Estas palabras del *Morning Post* a que aludimos, dicen así:

«De los mentis de los Gobiernos extranjeros hacemos ya el mismo caso que de los anatomas de los diarios oficiales. Consideramos los primeros como la confirmación más autorizada de nuestras revelaciones desmentidas, y recibimos los anatomas de los segundos como el mayor elogio a que podía aspirar la sinceridad de nuestras intenciones.»

El *Morning Post*, diario inglés liberal, y por lo tanto autoridad irrecusable en estos tiempos

de civilización y progreso, no tiene mejor idea de los Gobiernos y órganos oficiales que hoy se estilán. Alguna vez habíamos de estar de acuerdo con la opinión de un órgano inglés y liberal.

Fué el *Morning Post* el primer periódico europeo que con pelos y señales habló de la alianza ruso-austro-prusiana. Recordado esto, véase lo que escribe aquel periódico:

«Hace algún tiempo que llamamos la atención de nuestros lectores hacia el deseo manifestado por el Gobierno ruso de entenderse con las demás Potencias del Norte que poseen una parte de Polonia, para acordar las medidas necesarias a asegurar la incorporación de aquel desdichado reino al Imperio moscovita. Nuestro aserto ha sido confirmado; siendo cosa reconocida ya por todos, que cuantas veces anunciamos un acontecimiento los hechos vienen a confirmar nuestros dichos, a pesar de los mentis dados a nuestra declaración en este caso por los Gobiernos extranjeros. Entre estos merecen ser citados los de San Petersburgo, Viena y Berlín; según se ha visto claro en lo ocurrido con la tentativa de resucitar la Santa Alianza, que hemos logrado descubrir, y hasta cierto punto paralizar. Respecto a los proyectos rusos arriba mencionados, al descubrirlos hoy nos proponemos suscribirlos los obstáculos que originará su revelación.»

Contradice luego el periódico inglés las negativas de un diario oficioso acerca de estas revelaciones, pero se juzga en la necesidad de confirmárlas con algunos pormenores, y entre otros refiere los siguientes:

«A fines de Enero último, el Sr. Oubril, representante de Rusia en Berlín, informó al Sr. Bismark de que su Emperador se disponía a dirigir al de Austria y al Rey de Prusia una invitación para que en el próximo mes de Mayo fueran a reunirse a él en Varsovia y presenciar las revistas militares que allí se verificarán en dicha época. El verdadero objeto de esta entrevista será declararse públicamente desligados los tres Soberanos de las obligaciones que les imponen los tratados de Viena, y las cuales están sirviendo de rémora a los proyectos relativos a Polonia.»

El *Morning Post* termina expresando la creencia de que las causas de guerra europea, comprimidas hasta ahora a costa de grandes esfuerzos, acabarán por suscitarse, y tremenda, en término cercano.

No satisfecho el liberalismo con las perturbaciones y desgracias que ha producido entre los vivos, ni con la brutal tiranía que ejerce sobre ellos donde quiera que domina, ha emprendido la guerra contra los muertos, y comenzando por desamortizar sus propiedades, que son los cementerios, les impone la exigencia civilizadora de que duerman el sueño eterno mezclados las cenizas de los católicos a las de los protestantes, herejes, ateos y materialistas.

El Gobierno belga, digno de caminar al frente de la civilización moderna, ha inaugurado estas reformas con un proyecto para despojar a la Iglesia de la posesión de cementerios, y por adelantado ha hecho que sus agentes invadan brutalmente el cementerio del barrio de Ambers en Gante, en donde a viva fuerza destruyeron el día 22 de Marzo varias sepulturas, dejando al descubierto un cadáver que había sido enterrado dos días antes.

Contra este brutal despojo y sacrilega profanación, han protestado los Párrocos de Gante ante el alcalde de dicha ciudad, y un diputado católico ante el Parlamento.

En una y otra parte ha contestado el liberalismo que aquel hecho ha debido ser el resultado de una mala inteligencia de los dependientes de la autoridad. Pero esta ha sido la única reparación otorgada, y el despojo brutal y el sacrilegio bárbaro, é inconcebible aun entre hotentotes, ha ascendido a la categoría de hecho consumado.

Contra el proyecto gubernamental arriba mencionado, han representado colectivamente los Prelados belgas.

El señor duque de Bellune, secretario que fué de la embajada francesa en Roma al mismo tiempo que era embajador el marqués de Lavalette, en un folleto de publicación reciente hadicho, y probado, que el tal marqués fué, más que representante de Napoleón, agente en Roma del Gobierno piemontés, y tapadera de todas las infamias que las sectas proyectaban y realizaban en la capital del orbe católico.

Pues de este marqués es de quien hoy nos dice el telégrafo, que ha jurado el cargo de ministro de lo Interior en Francia.

Por 70 votos contra 34 ha aprobado el Senado piemontés el proyecto de unificación legislativa del gran reino, en la cual está embeldada la autorización del matrimonio civil. Las amenazas de los Barrabases han convencido a aquellos venerables patriotas que debían armar sus venerables hombres para empujar el venerable carro de la revolución italiana.

Los Barrabases se encargarán, si Dios no lo remedia, de demostrar a los señadores turineses cuánto les cuesta esta venerable complacencia; pero entretanto el reino de Italia con su matrimonio civil gana los punibles «desvarios de la voluptuosidad, la degradación de los sentidos y de las inteligencias, y la disolución y profanación del vínculo conyugal y de la familia,» según opinión del senador Mameli. Gana «una ley que en lugar de castigar, fomenta hechos contrarios al pudor y la religión,» según ha expuesto el senador Castagneto. Gana «el concubinato legal, el libertinaje autorizado; retrocede de la civilización cristiana a la pagana, y se engolfó en el materialismo» según revelación del senador Dragonetti. Y gana «con la perturbación de las conciencias y destrucción de la familia, un nuevo semillero de escándalos y crímenes,» según advertencia del senador Caltelli.

Los nobles y ricos que se sientan en el Senado, han dicho para sus venerables personas: «pues vamos tirando; y en efecto, han tirado del carro en que la revolución lleva a la Península la semilla de tantos crímenes, perturbaciones é inmundicias.»

Entre los senadores que han tirado del carro que tantas mercancías lleva; figura Genaro di Giacomo, hasta ahora Obispo de Alice, y del cual dice la *Unión Católica* que «cuantos hayan leído su discurso ó le hayan oído hablar, saben el precio que su voto tiene.»

## TELEGRAMAS.

ROMA, 28

En la alocución pronunciada por el Papa en el consistorio del lunes, deplora su Santidad y vitupera la conducta del Emperador Maximiliano; pero espera que los sentimientos de este respecto a los negocios eclesiásticos de Méjico tendrán un cambio. Alaba a los Obispos católicos, y en especial a los de Italia, por su celo en defensa de la Religión y de la libertad de la Iglesia, no obstante los mandatos de la potestad civil.

POLOÑA, 28.

El Príncipe Czartorisky ha dirigido a todos los Obispos, Arzobispos y Cardenales franceses varias cartas en que les da minuciosos detalles acerca de la persecución por las autoridades rusas contra la Religión católica y la nacionalidad polaca.

BERLIN, 29.

El 4 de Abril próximo se firmará un tratado de comercio con los Estados de Zollverein. El periódico titulado *Correspondencia provincial*, dice a la Dieta que está en su interés rechazar la proposición que le ha sido sometida respecto al duque de Augustemburgo.

NUOVA-YORK, 19.

Las sesiones del Congreso confederado quedan suspendidas. Los confederados restablecen el canal del río James. En Richmond se trabaja con actividad para organizar regimientos de negros.

Según despachos recibidos de Mobila, esta plaza será atacada el día 21. La armada federal está ya reunida, y se prepara para el bombardeo de la citada plaza. Su gobernador, Mr. Maury, recomienda a los habitantes de la misma que se dispongan para recibir el ataque.

PARIS, 29.

Se ha cerrado en el Cuerpo legislativo la discusión general sobre contestación al discurso de la Corona, después de los pronunciados por M. de Kolb Bernard y Glaus-Bizoin.

TERIN, 29.

El Senado ha adoptado por 70 votos contra 34 el proyecto de ley sobre unificación legislativa comprendiendo el matrimonio civil.

PARIS, 30.

Cartas de San Petersburgo nos dicen que el Czar fué a visitar los hospitales, y que los encontró atestados de enfermos a causa de la epidemia allí reinante.

IDEM, 30.

En el Banco de Francia ha aumentado el numerario 10.600.000 francos.

El papel en cartera 23.000.000 francos.

En el Cuerpo colegislativo se ha declarado válida la elección hecha en el distrito de Gard.

El diputado Julio Fabre apoyó una enmienda presentada por la oposición sobre libertad política.

Al empezar su discurso surgió un incidente, y el orador creyó de su deber renunciar la palabra.

Numerosos miembros de la Cámara le instaron a que continuase, pero Mr. Fabre persistió en guardar silencio.

Se procedió en seguida a la votación de la enmienda, y resultó desechada.

Se presentó otra sobre la demanda de Mr. Olivier, que quedó aplazada para mañana.

El marqués de Lavalette ha tomado hoy posesión de su cartera de Interior.

Se asegura que el Sr. Gimet, prefecto de los bajos Alpes, antiguo secretario del duque de Morny, será nombrado director del Gabinete del nuevo ministro.

PARIS, 30.

En la Bolsa de hoy quedaban: el 3 por 100 interior español a 43 1/8; el 3 exterior a 00 0/0; la diferida a 00 0/0; la amortizable a 00 0/0; el 3 por 100 francos a 67-35 y el 4 1/2 a 95-80.

LONDRES, 30.

Los consolidados ingleses quedaban de 89 3/8 a 1/2. El descuento del Banco ha bajado a 4 por 100.

## EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 31 DE MARZO DE 1865.

La situación pintada por los órganos de los conspiradores permanentes, necesarios é incorregibles, ofrece el siguiente cuadro, del cual intentan deducir que nos hallamos al borde de un volcán *neó* ó *absolutista*. Oigan nuestros lectores un trozo de esta literatura tragicómica publicada en *La Discusión* de hoy:

«La agitación, la alarma que en Madrid se nota hace algunos días, se ha extendido a las provincias.

«Las precauciones militares que el Gobierno adopta en más de una ocasión; los rumores siniestros que han circulado acerca de sucesos tremendos, y principalmente los hondos temores de atropellos audaces que el país siente siempre que reina una situación moderada, han ayudado poderosamente a mantener viva la inquietud en los ánimos y el desasosiego en las conciencias de los vecinos de Madrid.

«Pero el hecho de haber desaparecido de esta capital varios oficiales que pertenecieron al ejército carlista, sin que se sepa el punto a donde hayan ido a parar; el hecho de que otros oficiales, también carlistas, en no escaso número, hayan hecho en estos últimos días, desde Cataluña, oficiosas protestas de sus antiguos principios políticos; el tono provocativo é insolente que vienen usando los periódicos neo-católicos desde que han dado en circular rumores acerca de conspiraciones absolutistas, y más que todo esto, el extraño movimiento que se observa en las tropas que guarnecen nuestras provincias, y los paseos militares de observación que llevan a cabo a orillas del Ebro y en otros puntos, han contribuido grandemente al reposo público fuera de Madrid.

«Apenas pasa día sin que algún periódico dé una noticia nueva a propósito de planes liberticidas que se forjan en distintos puntos de la Península; cuándo es algún alboroto en toda regla en un pueblo de la provincia de Alicante; cuándo es una campaña que la teocracia empieza contra las libertades públicas desde los pulpitos; cuándo, en fin, es el proyecto frustrado de un asesinato alevoso en la persona de un general ilustre.»

Esta, pues, visto el plan de los bullangueros: quedá entendiéndolo el por qué del *tolle tolle* con que, según decía el Sr. Arrazola en el Senado, se intenta espaciar la alarma en ciertos y determinados grupos, a fin de excitar una indignación facticia que en la hora oportuna pueda servir, ora para dar pretexto a la audacia de los invasores, ora para frustrar la resistencia de muchos que pudieran oponerseles.

Este chaparrón fangoso de patrañas ridículas, de suposiciones absurdas, de acusaciones lanzadas contra clases enteras a quienes se designa con el pífido apellido de *teocracia, carlistas, absolutistas, neos*, no es otra cosa sino una especie de *toque de generala* dirigido al liberalismo de todo grado y matiz para soliviantar, no ya los intereses legítimos, sino las pasiones abyectas de una muchedumbre me malvados y de ilusos, a quienes desde largo há se viene inspirando desprecio y odio contra las instituciones tutelares del orden social en España.

Los autores de este insolente sistema de mentiras, saben muy bien que el Gobierno no puede dejarse engañar por semejantes anuncios de inverosímiles conspiraciones, como quiera que, a no convertirse en sordo y ciego, lo constata demasiado quienes son, en dónde están y qué maquinan los verdaderos conspiradores. Pero con este declamar sobre los peligros de la libertad; con este inventar hechos y adulterar la indole de otros, se puede ejercer sobre la masa de cierto vulgo, de suyo pacífico y enemigo de bullangas, un género de influjo que sirva para hacerles mirar sin prevención las tentativas y empresas de la demagogia.

Hay, en efecto, cierta porción de la clase media que, no percibiendo las verdaderas condiciones del verdadero orden social, y aun repugnando muchas de las únicas que pueden asegurar sus intereses legítimos, profesan, sin embargo, aversión ó miedo a la nueva secta liberal, en cuyos programas y actos va envuelta una amenaza contra la propiedad y todos esos demas intereses legítimos de la dicha clase. Pues bien, a estos liberales mansos se quiere engañar en primer término con hablarles de conspiraciones absolutistas, a fin de infundirles el miedo de lo presente y quitarles el que tienen de lo futuro. Se quiere cegarlos para que no vean al verdadero enemigo, y hasta se intenta convertirlos en auxiliares de los mismos que proyectan su ruina. Se quiere, en suma, hacerlos instrumentos involuntarios del socialismo y de la demagogia; y para eso los demagogos y socialistas les amagan con el ridículo *bu del absolutismo*.

¿Caezan en este grosero lazo los liberales bonachones! ¿Quién sabe! Si la historia sirviera de algo, debería servirles de escarmiento lo acaecido en la vecina Francia en 1848. Allí también los demócratas y socialistas levantaron el *tolle tolle* contra las tendencias del absolutismo.

Y si algún referendo hubiese querido evitar hasta el

lutismo, y en fuerza de envilecer al Trono y de calumniar a la Iglesia, lograron hacer simpática a la clase media la revolución de Febrero. Y ¿qué sucedió? Pues en Junio de aquel mismo año, la propia clase media se vió a punto de morir ahogada en brazos del socialismo con quien riñó una batalla formidable y sangrienta en las calles de París; y luego, mal segura de su victoria, tuvo que resignarse a la dictadura cesárea que hoy la oprime con nombre de Imperio.

Procuren, pues, estos liberales inocentes a quienes nos referimos; procuren entender lo que hay debajo de esas fementidas alarmas sobre conspiraciones absolutistas; y tengan por seguro que debajo de toda esa fraseología: *la democracia se apresura a oprimiros, los neos se vienen encima* etc., etc., lo que hay en rigor de verdad es un anzuelo tendido a la candidez por la demagogia, que, sintiéndose débil para producir con sus solas fuerzas un radical trastorno, quiere tener por auxiliares a los mismos que se propone hacer víctimas.

A continuación insertamos el resto de la Exposición presentada al Congreso por el excelentísimo señor Arzobispo de Santo Domingo, que empezamos a publicar en nuestro número del miércoles, y que la abundancia de otros originales nos impidió terminar ayer:

Pero dejando a un lado todo esto, ¿qué es lo que ha hecho el Arzobispo contra la francmasonería de Santo Domingo que haya podido llegar a provocar la rebelión de la isla? ¿Ha perseguido ni vejado a los afiliados en ella? ¿Ha procedido judicialmente contra ellos? ¿Los ha detestado a la autoridad para que les aplacase el castigo del código penal vigente en la isla?... Nada de eso ha hecho el Arzobispo, como no hizo tampoco otras muchas cosas que pudiera, y acaso debiera haber hecho, dentro de sus atribuciones, no por falta de celo y energía, sino porque creyó que no era prudente el hacerlas, atendidas las circunstancias. Me contenté con llamar alguna que otra vez, y esto porque lo creí en conciencia necesario, contra una sociedad que es el cáncer de casi todos los pueblos de América, que estaba pesando como una enorme losa sobre la religiosidad del mio, que apartaba a muchos de mis amados diócesanos de los Santos Sacramentos y de la comunión de la Iglesia, y que amenazaba emponzoñarme y arrebatarme muchos más, pues llegó a mi noticia que no cesaba de buscar nuevos prosélitos entre los naturales del país y entre los peninsulares, y que hasta dignos individuos de nuestro valeroso ejército habían sido fuertemente solicitados alguna que otra vez para alistarse en la francmasonería. Y esas censuras desde el púlpito a que se refiere el informe, puedo asegurar que no han sido nunca tan fuertes y severas como las que dan a la francmasonería, al carbonismo y a otras sociedades secretas las Bulas de los Romanos Pontífices en que se proscriben y anatematizan.

Todas mis severas censuras se relucían a decir al decir alguna que otra vez para prevenir a muchos hombres incautos y sencillos, que faltos de la instrucción y de los conocimientos necesarios, eran miserablemente seducidos por ciertas religiosas y humanitarias apariencias, que la francmasonería era una sociedad aprobada y condenada por la Iglesia y hasta por la ley civil, y que no podían ser ni llamarse católicos los que se alistaban y permanecían en ella con menosprecio de los mandatos y censuras de los Romanos Pontífices. No podía decir méritos en cumplimiento de mi deber; y no creo que el repetir esta doctrina, que aún en tiempo de la República les habían anunciado algunos individuos de su Clero, y que los interesados saben muy bien, porque tanto indicada la tienen en la introducción de su citado manual, fuese un motivo de rebelión para nadie; porque al fin no eran más que meras palabras doctrinales que podían eludir fácilmente los que no gustasen de ellas, pero que hacían un gran bien en los muchachos que las oían con gusto y con deseo de su aprovechamiento, cual era el de armarse y prevenirse contra los lazos y asechanzas de importunos enemigos.

En cuanto a que yo haya censurado a la francmasonería en *Pastorales escritas*, como dice el Sr. Glándara, debo declarar que en esto no ha sido bien informado, aunque nada de particular tendría que lo hiciese, usando de mi derecho; pero la verdad es que no lo hice, y no sólo no podré citar *Pastorales* los que sobre esto han informado, sino que no podrían presentar una sola pastoral de esta especie. Únicamente en el edicto de la santa visita hablé por incidencia de la francmasonería, pero de una manera, que más bien que criticar, deberían agradecer los que tienen la desgracia de estar iniciados en ella, pues les allanó y facilitó el camino para reconciliarse con Dios y con su Iglesia, dando a los Párrocos facultades de que carecían, a fin de que sin la nota, dilación y molestia de tener que acudir a mi persona, pudieran absolverlos en el Sacramento de la Penitencia, si es que se presentaban a recibirla y estaban dispuestos a cumplir con las condiciones previas y mandados para tales casos por la Santa Apostólica. Y como una de ellas es la de entregar las insignias, documentos, libros y papeles que tuvieran pertenecientes a dicha sociedad, nada extraño es que algún Párroco ó confesor, comprendiendo su deber, exigiese el cumplimiento de esta precisa condición a los que, sanos é enfermos, les buscase voluntariamente en el tribunal de la penitencia, y voluntariamente confesase a su dirección y ministerio el importantísimo negocio de su eterna salvación.

Y aquí tiene el Congreso, natural y sencillamente explicado, lo que con tanto énfasis y como si fuera un horrible y tenebroso misterio, han informado al señor general Glándara, diciendo que *hasta en el lecho de los moribundos se censuraba severamente a la francmasonería, y se obligaba a entregar sus papeles secretos a la Iglesia*. Yo, a decir verdad, no tengo conocimiento de ningún caso de esta especie, ni he tenido necesidad de intervenir jamás en los secretos invariables que hayan podido mediar entre confesor y moribundo; supongo que los dos habrán hecho en todo caso lo que debían hacer, el uno para llenar su ministerio y el otro para descargar su conciencia y asegurar su eterna salvación. Sólo si diré que no creo pueda presentarse un solo caso en que un Párroco ó otro Sacerdote cualquiera haya exigido cosa alguna en el lecho de los moribundos sin que estos hayan tenido la espontaneidad necesaria para acceder ó no a sus justas exigencias.

Y si algún referendo hubiese querido evitar hasta el



compromiso de que se las hicieran y de tener que sujetar a estas u otras prescripciones de la Iglesia, en su mano tenía un medio fácil para eludir y librarse de ellas por completo; medio fácil y desastroso de que se han valido para ello en más de una ocasión algunos hombres desveredados, y del que vemos con dolor y con espanto se está valiendo en el día los llamados *solitarios* de Bélgica, a saber: el de no llamar ni aun en sus últimos momentos a los ministros de la Iglesia, o el de rechazarlos bruscamente, si es que impulsados por su deber y por su celo intentan penetrar en su morada con los auxilios y consuelos de la Religión, muriendo en pleno siglo XIX y en plena civilización y progreso a lo gentil con todas sus horribles consecuencias. Pero querer por una parte morir en el seno de la Iglesia y en los brazos de sus sacerdotes, y no querer por otra parte que estos cumplan con su sagrado deber, y llevar a mal y aun censurar ágilmente el que exijan y manden lo que tienen obligación de exigir y mandar, es querer un imposible, es querer una necesidad y un absurdo, como lo sería también el ponerse voluntariamente bajo la dirección de un médico, y murmurar a la vez de sus recetas y remedios, y no querer sujetarse al régimen que creyese necesario para alcanzar la salud.

Cuarto. «No atendiendo tanto como convenia, dice el Sr. Gándara, a las circunstancias especiales del país donde imperaba desde medio siglo atrás la libertad de cultos, quiso S. E. I. plantear desde el primer día la unidad católica, procediendo contra las sectas protestantes, con lo cual se nos enajenaron muchas voluntades que tendieron con eficacia a hacer impopular nuestro gobierno en la isla.»

Contestación.—Que el Arzobispo de Santo Domingo quisiese desde que llegó a su archidiócesis restablecer en ella la unidad católica que plantearon nuestros padres, y que permaneciese inculcado por más de trescientos años, nada más justo, nada más natural, nada más propio del celo de un sacerdote y de un Prelado. Como tal Prelado español debía querer lo que querían todos los Prelados y todo el Clero de España, lo que querían nuestros católicos Monarcas, y lo que querían también los españoles, los cuales, en su inmensa mayoría, detestaban y aborrecían en nuestra nación la libertad de cultos, y apreciaban mucho más la unidad católica que 50 000 islas de Santo Domingo. Esta joya preciosísima de la unidad católica, que tanto honra y enaltece a nuestra nación, y que por más que otra cosa se diga, tanto nos envidian otros pueblos, aun como elemento de cohesión, de fuerza y de gobierno, además de estar como encarnada en nuestra historia, en nuestra tradición y en nuestras costumbres, y ser la base primordial de nuestra sociedad, está sancionada también por todas nuestras leyes antiguas y modernas, consignada en estipulaciones solemnes, y garantida por la misma Constitución política de nuestra gloriosa monarquía; y por lo tanto, el quererla y procurarla como la ha querido, la quiere y la quiere siempre el Arzobispo, es querer y procurar una cosa noble y buena; una cosa histórica y verdaderamente nacional; una cosa justa, completamente legal, eminentemente constitucional; y no comprendo cómo por quererla y procurarla en su diócesis, se hacen al Arzobispo cargos sólo por algunas personas que, a la vez que se precian de amantes de la Constitución y de las leyes, se precian también, y con razón, de católicos y defensores de la unidad católica de nuestra monarquía.

Y si se me dice que no se reproba el que yo quisiese restablecer la unidad católica en Santo Domingo, sino el que lo deseara y procurase sin contar ni consultar con nadie, de una manera precipitada, violenta, y procediendo contra las sectas protestantes, que son las expresiones de que usa el Sr. Gándara, me veré precisado a contestar que esto no es así, que en esto han informado mal al señor general Gándara, y que a una autoridad tan digna y respetable como la de dicho general debieran los señores amantes de la unidad católica y entera la verdad. Yo no he perseguido ni he tratado en lo más mínimo a las familias protestantes de Santo Domingo; antes bien creo haber favorecido a algunas de ellas que han implorado mi protección y mi socorro; porque, aunque soy y debo ser intolante con la herejía, como lo es toda verdad con el error, no lo soy con las personas, ni las excluyo de los buenos oficios que nos demandan en casos dados para con todos los hombres la humanidad y la caridad. Yo no he procedido ni mandado proceder contra ningún protestante en particular; ni he procedido ni mandado proceder tampoco contra las sectas protestantes en general en el sentido propio y jurídico que tiene esta palabra.

Lo único que yo hice en este asunto, lo indicé bastante el señor general Rivero ante el Senado en la citada sesión de 24 de Enero, y yo tuve el honor de explicarlo con toda claridad en la sesión del 25. Pero a pesar de todo, voy por lo que se escribe y se habla, ó no se ha leído lo que ambos decimos, ó lo explicamos mal y no ha llegado a comprenderse por algunos; y así será fuerza repetirle y dejarlo bien consignado en este escrito.

«Tenia otra cuestión el Arzobispo, dijo el Sr. Rivero testigo presencial de todo; la cuestión de los protestantes. Se ha dado por algunos demasiada importancia al hecho de quitar las capillas protestantes de Puerto-Plata y Samaná. (La de Santo Domingo se quitó un poco antes por haberla convertido en cuartel de voluntarios.) Pero los dominicanos no son protestantes; lo eran un número insignificante de extranjeros que habia allí; los únicos a quienes podía lastimar esta medida. Pero no la adoptó por sí el Arzobispo; precedió un expediente muy largo y razonado que vino al Gobierno, y después, con las órdenes de este, se suprimieron esas capillas, pero con mucha prudencia.»

Esto dijo el Sr. Rivero sobre el particular en la citada sesión del 24; y lo que yo manifesté sobre lo mismo en la sesión inmediata, tendré el honor de repetirle aquí resumidamente.

Habiendo reconocido de la existencia de tres capillas públicas abiertas al culto protestante, una en Santo Domingo, otra en Samaná y otra en Puerto-Plata, las dos primeras sin ministro propio y la tercera con ministro y con escuela; cerciorado también de que no eran dominicanos los pocos protestantes que habia en los puntos indicados, sino extranjeros y en su mayor parte de color, enemigos por lo general de nuestra dominación en América, é intimamente persuadido además de que si se toleraban estas tres capillas protestantes en una provincia española contra la sanción de todas nuestras leyes antiguas y modernas, estaba ya de hecho quebrantada y desmoronada nuestra preciosa unidad católica, y gravemente comprometida en las demás provincias de nuestra Monarquía, acudí con reverentes comunicaciones, primero al capitán general de la isla, como a autoridad superior inmediata; después al presidente del Consejo de ministros y ministro de Ultramar, y por fin a nuestra católica Soberana, manifestando en todas ellas las males y peligros que podría con el tiempo acarreararnos una tolerancia que excluyera nuestra Constitución y nuestras leyes, y pidiendo en cumplimiento de estas mismas leyes que se proveyese del oportuno remedio en el modo y forma que se creyese más prudente y acertado.

El señor capitán general Rivero por su parte acogió mi comunicación con la benevolencia que le caracterizaba; pero no se creyó bastante autorizado para resolver por sí sólo este negocio, y con acuerdo de la Real Audiencia lo remitió íntegro a la resolución del Gobierno. El Gobierno lo pasó al Consejo de Estado, y por fin S. M. la Reina, conformándose con lo consultado por el Consejo de Estado en pleno, se sirvió expedir la Real orden de 21 de Enero de 1862, en virtud de la cual, y después de la cual, y no antes, se cerraron las capillas protestantes de Santo Domingo.

De este sencillo relato inferirá el Congreso que es completamente inexacto lo que se ha dicho y escrito por algunos, a saber: que el Arzobispo cerró ó mandó cerrar por sí y ante sí las capillas protestantes, y después de cerradas dio cuenta a las autoridades del Gobierno, como para que supiesen y aprobasen su obediencia. Esto no es así; esto no puede afirmarse sin faltar a la verdad de los hechos. Prescindiendo ahora de lo que en este asunto pudiera ó no pudiera haber he-

cho por sí solo el Arzobispo, la verdad es que ni procedió contra las sectas protestantes, ni mandó cerrar las capillas luteranas de la Real orden precitada, ni tampoco las cerró ni las mandó cerrar después de dicha Real orden, y esto todavía es más. ¿Por qué? Yo lo dije ante el Senado, y volveré a repetirlo aquí; porque la Real orden de 21 de Diciembre, en virtud de la cual se cerraron las capillas protestantes, ni la publicó, ni la comunicó, ni la mandó ejecutar yo por motivos de precaución y de prudencia que también insinué; sino que la recibió, la publicó y ejecutó la autoridad civil como y cuando lo tuvo por conveniente; y ella misma procedió a mandar cerrar las capillas protestantes sin intervención ninguna del Arzobispo ni de persona alguna delegada por la autoridad eclesiástica.

Y vea el Congreso cómo los tiros que sobre este punto se han dirigido y se dirijan en adelante contra el Arzobispo, si pudieran herir, que no pueden, más que al Arzobispo, herirían a respetabilísimas personas que en el orden temporal están muy por encima del Arzobispo de Santo Domingo. Porque si en él fuera censurable el haber hecho uso del derecho de petición que tienen todos los españoles, y haber pedido una cosa legal y constitucional, más censurable fuera en aquellas al haber accedido a su petición, sin lo cual es probable que no se hubiesen cerrado las capillas protestantes de Santo Domingo. Mas como yo creo que nada hay aquí de censurable, sino muchísimo de laudable y glorioso, me honro mucho en haber pedido lo que pedí, y debí honrarme mucho más los que directa ó indirectamente contribuyeron a que accediese a mi petición S. M. la Reina, la más honrada y enaltecida entre todos por su acaudalada piedad y por el ferviente celo que ha manifestado y manifiesta siempre en que se conserve pura en todos sus dominios la unidad católica que tan gloriosamente han defendido sus augustos progenitores en el antiguo y Nuevo mundo.

Ni creo que ésta medida de cerrar las capillas protestantes haya influido tanto como algunos se imaginan en la rebelión de Santo Domingo; porque ni los dominicanos pacíficos ni los que están con las armas en la mano, son ni han sido nunca protestantes, como ya se ha dicho, ni necesitan para nada de las capillas de este culto. Y además, los que han estudiado algo los últimos sucesos de la isla de Santo Domingo, saben bien que la rebelión actual es la reproducción de la del Febrero del 63, así como esta lo fué a la vez de las precedentes, según indicaré más adelante. Pues bien: la rebelión de Febrero de 1863 estalló mucho antes de que se cerrasen las capillas protestantes, cuya medida no se llevó a cabo hasta mediados ó fines de Abril de dicho año, en cuyo tiempo aquella rebelión habia sido ya vencida y sofocada.

Quinto. «El Clero dominicano, concluye el señor Gándara, influyente en los pueblos y omnipotente en los campos, tuvo que someterse a la nueva disciplina que contrariaba sus hábitos y reprimía su preponderancia; fué pronto poco amigo de la anexión que habia favorecido, perdiendo esta su importancia a ojo.»

Contestación.—Hubiera de haberse dicho que en este último argumento, que aparece también como cargo a la autoridad eclesiástica, hubiera declarado qué nueva disciplina es esa a que tuvo que someterse el Clero dominicano; si eran buenos ó malos los hábitos que en él contrariaba, y cómo y en qué reprimía su preponderancia, para haber podido responder concreta y cumplidamente a todo. Pero no habiéndose hecho así por motivos que respeto, sólo puedo contestar en general, que yo no impuse al Clero dominicano ninguna disciplina nueva. ¿Hubiera contenido con que cumpliera bien la antigua? Yo no le impuse leyes ni obligaciones nuevas; me contenté con recordarle sencillamente las contenidas en los Sagrados Cánones y en los autores de moral que él habia estudiado y manejado; ni le introduje tampoco variación alguna en las antiguas constituciones sinodales del arzobispado reformadas por mi dignísimo antecesor durante la República.

No sé, por lo tanto, qué disciplina nueva es esa a que tuvo que someterse el Clero dominicano. Y aun si el de amonestarle y corregirle creo haber usado con él de la más consideración y prudencia necesarias. Los tres únicos clérigos que recuerdo hayan sido procesados por mi tribunal eclesiástico eran cabalmente peninsulares, ninguno dominicano; á estos les he tolerado cuanto me ha sido posible, quizás más de lo que debiera en muchos casos, por el bien de la paz y en atención a las circunstancias.

En lo que sí se introdujo variación fué en cuanto a la dotación del culto y Clero, en cuanto a la percepción de los derechos de estola y pie de altar, en cuanto a los fondos de fábrica y en alguno que otro punto de la administración parroquial; pero esta variación, que con algunos ligeros inconvenientes, no dejaba de tener grandísimas ventajas, ni la proyectó ni la introdujo el Arzobispo; fué efecto de la Real cédula de 20 de Abril de 1862 sobre arreglo y dotación del culto y Clero, basada enteramente sobre la de la Iglesia de Puerto-Rico: Real cédula que se dignó expedir S. M. antes de mi consagración, y que antes también de tomar yo posesión del Arzobispado se ejecutó y planteó por el Vicario encargado del gobierno de la archidiócesis, que era cabalmente un Párroco dominicano, hoy racionero de aquella santa iglesia.

No creo por lo tanto que si hay algunos individuos del Clero dominicano que hayan manifestado en algunos de sus actos poco afecto y aun hostilidad hacia la causa española, pueden, cohonestar su defección con la rigurosa y nueva disciplina que les impusiese el Arzobispo, ni con que contrariase en nada sus hábitos nacionales ó reprimiese en lo más mínimo su legítima preponderancia. Por el contrario, yo tengo que deplorar, y deploro con toda mi alma, el que algunos individuos del Clero dominicano, a quienes no di el menor motivo de disgusto, a quienes favorecí de una manera especial, a quienes recibí siempre en mi casa con dulzura y cariño de padre, y a quienes di señaladas muestras de predilección, fuesen quienes los más adictos en su aversa y mirar solamente la autoridad y legítima influencia de su Prelado, y en sentir la injuria contra los españoles, hasta ponerse manifestadamente de parte de la rebelión. He dicho algunos solamente, porque en el Clero dominicano hay sujetos fieles y muy dignos de consideración y de respeto, y á estos les haré siempre la justicia que merecen.

He contestado uno por uno a los cargos que oficialmente se me han hecho, y he procurado hacerlo con la mesura y gravedad que el asunto requería. Podría haber ampliado mi contestación á cada uno de los puntos indicados con más copia de datos y noticias; pero creo haber dicho lo suficiente para que el Congreso pueda apreciar con la debida exactitud los hechos que se consignan en el informe relativo á mi autoridad y ministerio. No creo haber estampado frase ni expresión alguna que pueda herir ni lastimar en lo más mínimo al dignísimo señor general Gándara ni a nadie; pero si alguna hubiese que se estimase ofensiva, la doy por retirada desde luego. Porque como he dicho al principio, yo lo repetiré con gusto cuantas veces sea necesario, mi objeto en la presente comunicación no es ni puede ser inferir el menor agravio al honor y veracidad del Sr. Gándara, persona para mi querida y respetable, sino el de explicar y justificar mi conducta de Prelado en unos hechos que me pertenecen y que creo refiere con toda sinceridad y buena fe, apoyado en los datos, informes y noticias que indudablemente le habrán comunicado.

Y así como yo respeto mucho las rectas intenciones y la conciencia del señor general Gándara en todo cuanto ha creído deber decir de mí y de las demás autoridades de la isla en su razonado informe, así espero de su generosidad, rectitud y nobleza que respetará también las mías en todo cuanto he creído que debía contestar, no sólo para mi descargo y defensa, sino para ilustrar al Congreso y á la nación que dignamente representa sobre unos hechos que tan injustamente se han desfigurado á veces y de que tanto han abusado algunos por desgracia.

Pero á pesar de todo con esto que he tomado la pluma con tanta repugnancia y con dolor; porque repugnante es para mí tener que ocuparme y ocupar á los demás de mi persona y de mis actos, siquiera me haya obligado á ello la necesidad, y doloroso es también para un Prelado tener que contestar como á cargos á

unos hechos, que bien considerados, han sido, son y serán siempre el elogio y la corona de un Obispo; y más doloroso todavía el ver enumerados una y otra vez estos mismos hechos en las causas de la rebelión actual de Santo Domingo, lo cual, como el Congreso conoce, no puede menos de herir hondamente mi corazón de Prelado y de español, amante como él que más de mi Reina y de mi patria y del esplendor y gloria de nuestra monarquía.

Seame permitido por lo tanto antes de concluir ampliar una observación importante que no hice más que indicar ligeramente en la contestación al primer punto, la cual creo que podrá servir á la vez para sustituir y comprender mejor el origen y la índole de la rebelión de Santo Domingo, y para defender del grave cargo de haberla provocado, no sólo al Arzobispo, sino también á las demás autoridades que allí han prestado y prestan á la nación importantísimos servicios, porque propio es de un Prelado defender en buenos términos su honra y la de todos.

Y quiero decir aquí de paso que ha lándome todavía en Santo Domingo, de ver que no sólo los dominicanos rebeldes y algunos desaliados á la causa española, sino lo que es más sensible y doloroso, hasta algunos españoles intentaban de palabra y por escrito cohonestar y justificar la rebelión en cierto modo con los defectos y faltas que atribuían á las autoridades españolas, así eclesiásticas como civiles y militares, creí deber salir á su defensa y las defendí de esta imputación á todas en general y de la manera que yo podía hacerlo en un documento público y solemne que imprimí y circulé por toda la isla y que tuve el honor de poner en manos del Gobierno.

Y esto lo hice, porque ví que semejante proceder, sobre todo entre españoles, además de perjudicar enormemente á nuestra causa, era altamente anti-patriótico y soberanamente injusto: porque anti-patriótico es el que nosotros mismos nos deshonremos á la faz de las naciones, y nos llenemos unos á otros de todo y de ignominia; é injusto es también el que nos constituamos de algún modo en defensores y panetristas de los rebeldes, y cohonestemos la culpa de la rebelión á los españoles, porque españoles son las autoridades eclesiásticas, civiles y militares que allí han ejercido mando; españoles los ministros que les eligieron, y Reina muy querida de los españoles es S. M., cuya autoridad ejercían y representaban. Por eso he visto en el referido documento que los defectos y faltas que atribuían á las autoridades españolas, como otras muchas cosas que se alegaban, no eran más que mezquinos y miserables pretextos, no verdaderas causas de una rebelión que se fraguó independientemente de ellos; y aquí entro en la observación que he prometido ampliar.

He dicho, contestando al primer punto, que la rebelión de Santo Domingo empezó á manifestarse poco después de la reincorporación que costó dolorosa efusión de sangre mandando todavía D. Pedro Santana en nombre de la Reina, y que estaba ramificada en el país antes de llegar el Arzobispo, el capitán general y algunas otras autoridades, y ántes que estas adoplasen ciertas medidas que suelen presentarse como causas de la rebelión. Recien llegado el Arzobispo, como no habia hecho ni hacia más por entonces que recomendar la paz á su nueva grey, los instigadores de la rebelión neutralizaban su palabra y fomentaban la discordia diciendo que no era Arzobispo, que era un militar ó un comerciante disfrazado de Arzobispo que venia á marcar y contrarrestar esclavos, y otras necesidades de esta especie, que producían su efecto entre los pobres negros de los campos. Pero cuando entré más de lleno en las cosas propias de su sagrado ministerio, ya empezaron algunos, por ciertos motivos que no ignoro, á querer colorear la rebelión con los actos del Arzobispo, como querían colorear la cohonestación también con los actos de las demás autoridades civiles y militares. Y esto es cosa que no debe extrañar ni sorprender á nadie que se hiciese; porque no ha habido ni habrá jamás rebeldes en el mundo que se reconocen tales, que confiesen que se han alzado sin motivo; que se culpen así mismos y que se arrojen toda la culpa sobre sus contrarios; y el extrañar esto, ó pretender otra cosa, sería una candidez indelible.

Pero lo cierto es que la insurrección actual de Santo Domingo no es un hecho nuevo ni aislado, no es sólo un hecho de hoy ni de ayer, ni aun del tiempo del Arzobispo ni de otras dignas autoridades de la isla. Respetando mucho como debo los juicios y opiniones de todos, yo creo que la insurrección actual de Santo Domingo es la reproducción y complemento de la que se manifestó en Enero y Febrero del 63, primero en Neyba, y después en Sabana, Guayubín y Monte-Cristi; así como esta fué una explosión de la que estaba fraguada y ramificada en la isla, ántes de ir allá el Arzobispo y el capitán general, y que habia hecho ya dos ó tres manifestaciones de sí misma en tiempo del general Santana, que la hubo de castigar y reprimir con dolorosos fusilamientos. Esto es lo que se infiere de la historia de los hechos; esto arrojan de sí algunos los documentos que á senadores y diputados se nos han repartido; esto pudieron inferir cuantos oyeron los brillantes discursos que en diversos sentidos se pronunciaron en el Senado sobre la cuestión de Santo Domingo, y esto dijo también clara y terminantemente el señor general Rivero, el primero que se vió en la necesidad y en el deber de estudiar la insurrección, con estas notables palabras:

«No tardaron muchos días, señores, en que yo supe que habia una conspiración, y una conspiración que tenia su ramificación en toda la isla; y esta conspiración estaba dirigida por aquellos que no fueron afectos á la anexión é instigados por manejos de fuera. Adquirí además el convencimiento de que esa conspiración venia desde el mismo momento de la reincorporación. Probablemente así, que á pocos días hubo una sublevación en Moca. El señor general Santana la castigó con el fusilamiento de muchas personas. A ella siguió la sublevación de las Matas, que fué protegida por varios emigrados que estaban en Haití y entraron con este objeto; también fué castigada con el fusilamiento de 43 personas, como dijo el señor marqués de la Habana ántes de ayer.»

A estas notables palabras del Sr. Rivero, que son como resumen de lo que dije en algunos otros sobre el particular, sólo se me ofrece añadir que si la insurrección de Santo Domingo viene manifestándose repetidas veces desde el momento de la reincorporación; si estaba ramificada en toda la isla é instigada por manejos de fuera cuando el Sr. Rivero tomó el mando de ella, y el Sr. Rivero llegó á Santo Domingo ántes que el Arzobispo, creo que no podrá afirmarse con verdad que el Arzobispo ó los actos del Arzobispo hayan sido causa de una rebelión que precede en edad al Arzobispo como tal; á no ser que se diga que los dominicanos fraguaron y ramificaron la rebelión y los manejos de fuera la instigaron profetizando lo que habia de decir y hacer el Arzobispo.

El Arzobispo de Santo Domingo concluye rogando al Congreso tome en consideración para los fines convenientes esta sencilla explicación de su conducta en los actos de su ministerio pastoral, que el señor capitán general de dicha isla ha tenido á bien consignar en su referido informe, y que si lo estima oportuno, le dé el mismo curso y publicidad que á los demás documentos relativos á la cuestión de Santo Domingo para conocimiento de todos los señores diputados.

Madrid 25 de Marzo de 1865.—Bienvenido, Arzobispo de Santo Domingo.

Ha sucedido con el proyecto de ley de imprenta lo que nosotros temíamos, y lo que, entre otras razones, nos movió á censurarle duramente. Como el tal proyecto es absurdo, se ha tocado inmediatamente la imposibilidad de convertirlo en ley, y á la hora presente el ministerio se encuentra en la situación que nos le muestra el siguiente párrafo de *Las Noticias*:

«Siguen anunciando algunos periódicos que el Gobierno intenta plantear el proyecto de ley de imprenta por decreto, obteniendo para ello una autorización de las Cámaras. No hemos oído esto en los círculos poli-

ticos más autorizados: lo que en ellos se ha indicado como probable es que en el caso de que no haya tiempo, por la aglomeración de asuntos importantes, para discutir y votar en la presente legislatura el proyecto mencionado, se pedirá autorización á las Cortes para plantear por Real decreto los dos artículos de la nueva ley que se refieren á los delitos contra la Religión y contra el Trono. Esto es lo que aseguran los que pasan por mejor informados, sin que nosotros por nuestra parte, sepamos si en efecto tal noticia tiene gran fundamento de verdad.»

Si de pedir autorización se trata (y en esto habrá que venir á parar), ¿por qué no pediría pura y simplemente para restablecer la ley del señor Nocedal, cuyos efectos son ya bien conocidos, y que ciertamente, aplicada con lealtad, bastaría para reprimir el desbordamiento de la prensa?

Desengañese el Gobierno: sin previa recogida, no hay medio ninguno de impedir, ni aun de castigar, cierta especie de impresos. ¿Quiere una prueba fresquita, de hoy mismo? Pues vea si en la vigente ley ni en ninguna otra de su misma especie hay modo de impedir ni de castigar párrafos como los siguientes:

Dice hoy mismo un periódico progresista:

«Hemos dicho muchas veces que para mejorar la situación política de España es necesario no andarse por las ramas, sino atacar al trozo de la corrupción, arrancarle de raíz. Pero, ¿cuál es ese trozo? ¿cuáles esas raíces?»

«¿He aquí lo que se nos pregunta constantemente, y á lo que—lo confesamos—hoy por hoy no podemos contestar?»

«Cuando hay leyes opresoras del pensamiento, entre los redactores y los suscriptores de todo periódico de oposición tiene por necesidad que establezca una correspondencia no hablada, en que la inteligencia hable á la inteligencia, y á la que pueda explicarse oportunamente aquello de cual buen entendedor con media palabra basta.»

«En esta situación nos encontramos. No podemos decir todo lo que queremos, pero esperamos siempre que nuestros lectores suplirán nuestro silencio. En la cuestión presente, ¿qué hemos de decir? Si todos no nos entienden, no es nuestra la culpa. No podemos hablar más claro.»

Y hoy mismo también leemos en un periódico democrático la gacetiella siguiente:

«En vista del furor que se ha desarrollado de hacer versos de circunstancias, aprovechamos estos instantes de entusiasmo pírotecnico para dar una lista de consonantes y de adjetivos, que puede aprovechar la nube de poetas, que en estos momentos invaden como moscas el Parnaso:

Plectro.  
la lira de Apolo.  
espectro.  
Eolo.  
Pelayo.  
súplica.  
Covadonga.  
Dos de Mayo.  
Isabel primera.  
mar profunda.  
segunda.  
España entera.  
bondadosa.  
generosa.  
virtuosa.  
jacarandosa.  
de cien reyes.  
greyes.  
espacio.  
palacio.  
anticipo.  
no se cobra.  
hijo.  
sangre de sobra.  
alma bella.  
morir por ella.  
sin traición ni dolor.  
del uno al otro polo.  
corona.  
matrona.  
el Tajo baña.  
el ángel tutelar de España.  
rasgo.  
hartazgo.  
entonces.  
en mármoles y bronce.  
patrimonio.  
de Tácito y Suetonio.  
sin par hermosura.  
jiris de paz y de ventura!

¿Se puede atacar ni escarnecer con más segura eficacia instituciones y personas declaradas inviolables por la ley? Pues bien, ni el párrafo ni la gacetiella preinsertos pueden sujetarse á proceso ni penalidad alguna. ¿Qué modo eficaz hay, pues, de impedir el indudable daño que causan? ¿Hay otro sino autorizar al poder público para impedir su circulación?

A docena y media puede que lleguen las denuncias que hay pendientes; y por esto, ¿se ha conseguido algo?—No: todo cuanto era atacado, sigue siendo; y basta un poco de ingenio en el escritor para poder hacerlo á mansalva. ¿Se quiere ó no se quiere defender á la sociedad? Si se quiere, es forzoso á toda costa, inmediatamente y con los más breves trámites establecidos de un modo ó de otro, con tal que sea eficaz y equitativo, no el sistema de represiones imposibles, sino el de prevenciones seguras. Todo lo que no sea esto, es sacrificar á una legalidad farisaica ó á preocupaciones liberales del peor género los intereses sociales.

Leemos en un periódico, que lo escribe con muy buena fe, el párrafo siguiente:

«Ayer no hubo para nadie fuertes emociones: muchos dijeron: ¡día perdido! Cuando desde el Congreso nos dirigimos al Casino, y de este lugar caliginoso al teatro, y por último, entramos en el café de la Iberia, ansiosos de saber alguna noticia grave, y nos retiramos á la redacción sin oír más palabra que «no hay nada», exclamamos con efusión: ¡día ganado!»

¿Qué es lo culminante que hallan aquí nuestros lectores? Nosotros hallamos que el especial laboratorio de negocios de Estado conocido con el nombre de círculos políticos, es tan autorizado y edificante como de suyo puede serlo el Casino, el teatro y el café.

La crisis ministerial quedó resuelta ayer tarde de la manera que indicábamos en nuestra última hora inserta en la edición de Madrid, es decir, entrando á reemplazar al general Córdova en la cartera de Guerra, el teniente general D. Felipe Rivero, el cual juró su cargo ayer á las cuatro de la tarde en manos de su majestad.

Segun dicen los periódicos ministeriales, anoche mismo, después de haber hecho el mi-

nisterio gestiones infructuosas para que siguiera en su puesto el Sr. Córdova, aun cuando fuera encargándose interinamente del departamento de su cargo otro consejero durante todo el tiempo que fuera necesario, para que aquel señor atendiese al restablecimiento de su salud, se acordó en Consejo de ministros que le sustituyera el general Rivero.

Varios periódicos insisten en que no han sido motivos de salud los que han decidido al señor Córdova á separarse de sus compañeros, y alguno toma pie de este suceso y de estas suposiciones para anunciar que pronto le seguirá el ministro de Fomento, reemplazándole el señor Orovio.

Algunos diarios unionistas suponen que no se ha contado para resolver la crisis con el general Pavia, diciendo que esto ha sido una verdadera ingratitud, al paso que otros afirman que se contó sí con el Sr. Pavia, pero que este señor no aceptó la proposición. La Política dice que el general Calonge, candidato del presidente del Consejo para la cartera de Guerra, no ha sido aceptado en altos lugares. También dice el mismo diario lo siguiente, respecto á la negativa del general Lersundi:

«La formal resistencia del general Lersundi á aceptar la cartera de Guerra, ha hecho grande impresión en los altos círculos políticos de la corte.

«La prevision y el tacto político de que ha dado pruebas en estos críticos momentos el general Lersundi son el objeto de las conversaciones de los iniciados en los arcanos de nuestra vida política.»

De escasa importancia son las apreciaciones de la prensa á que ha dado lugar la entrada del Sr. Rivero en el ministerio; sin embargo, *El Reino* dice que este pierde en el cambio, que el general Rivero á pesar de su valor y su inteligencia es desgraciado en sus mandos, y de aquí infiere que la desgracia del nuevo ministro de la Guerra hundirá al ministerio más pronto de lo que se pensaba. *Las Novedades* dice en un párrafo aislado lo siguiente:

«El nuevo ministro de la Guerra, D. Felipe Rivero, es uno de los generales más apreciados de su majestad el Rey.»

Este es sin duda un pero que encuentra *Las Novedades* en el Sr. Rivero.

Cerramos este párrafo, después de comunicar á nuestros lectores todo lo más importante en este asunto, con las siguientes líneas de *El Contemporáneo*, advirtiéndole para su mayor inteligencia que hay quien suponía al Sr. Córdova protector de los cuartos ó centro parlamentario, ó sea de la tracción Valera-Alvareda, dentro del ministerio. Dice así:

«Nosotros sabemos que el dignísimo general Córdova ha hecho dimisión de la cartera de Guerra, y tenemos por ello un verdadero sentimiento, no sólo por el estado de salud del marqués de Mendigorría, á quien profesamos un verdadero cariño, sino porque creemos que ha sido uno de los miembros del ministerio que más ha defendido en su seno la necesidad de seguir en el Gobierno una marcha liberal y conciliadora, oponiéndose á las resoluciones extremas, que al fin han venido desechadamente á dibujarse en la política del Gabinete.

No queremos nosotros hacernos eco de versiones verdaderamente políticas que hemos oído acerca de la salida del digno ex-ministro de la Guerra; si existen, sabemos que el general Córdova las ocultará, pues conocemos sus nobles cualidades y no queremos desagradar ni en esta ocasión, respetando ahora como siempre su conducta.»

Leemos en *Las Novedades*:

«La desverguenza de los neos, de esos hipócritas fariseos que andan traficando con las cosas santas, como los fariseos en tiempo de Jesucristo, al ver que el Gobierno quiere separar á los catedráticos liberales de sus cátedras, sólo por ser liberales, llega hasta el punto de decir que también en 1834 fueron destituidos muchos catedráticos de Alcalá, y que el caso es igual ahora.

«¿Qué tiempos alcanzamos! En 1834 hubo una variación de sistema, que muchos catedráticos no quisieron seguir; de forma, que según los neos, las cosas vuelven al estado que tenían en 1834.

«La lección es elocuente: quien no la entienda, tendrá el entendimiento cegado. Véalo el Gobierno: véalo los hombres que conservan algún cariño á las ideas liberales, cualquiera que sea el partido á que estén afiliados. La reacción avanza; la reacción se quita la máscara, y se prepara para dar el último golpe.»

Esta es la vez primera que el liberalismo confiesa el atentado que cometió contra la propiedad de las cátedras poseídas legítimamente por los dignísimos profesores destituidos en la época á que se refiere *Las Novedades*. Lo que añade este periódico, que no quisieron seguir el sistema político inaugurado entonces, sobre falso, es contraproducente. Falso, porque los catedráticos de Alcalá fueron quitados en razón de las opiniones que se les atribuyeron, mas no porque resistieran ni incitaran á resistir á las leyes ni á las autoridades legítimamente establecidas; y contraproducente, porque si el diario progresista tiene por buena aquella medida, y procura justificarla por el concepto indicado de no haber sido afectos al sistema vigente los profesores despojados, ¿cómo se alarma de que hoy hayan de ser reprimidos los que actualmente combaten el orden social, que es algo más que el sistema político, en sus dos columnas fundamentales, la Religión y el Trono? Y cierto que no recatan sus opiniones particulares, sino que públicamente las profesan minando así por su base el edificio civil y político?

Cuanto á lo demás que añaden *Las Novedades*, muy cándido ha de ser quien crea que hemos llegado aún á que estamos próximos á la verdadera restauración de los sanos principios que deben regir la enseñanza y la sociedad. La alarma de *Las Novedades* es un nuevo aspaiento de quien no está persuadido de lo mismo que aparenta creer.

Vá á ser cosa de suplicar á la señora hermana del brigadier Inestal, comandante general de Logroño, que escriba al duque otra carta, asegurándole que no hubo motivo para que se asustase por aquello de *Bolea*, ni de los otros



scarios que conspiraban contra su providencial existencia. (1)

De esa manera Espartero dejará á su vez descansar á la Providencia, á la que viene bajando la hace dios con la libertad liberal, como si el dique no supiera que también en Logroño puede haber vecinos dejados de la mano de Dios.

El 23 de Noviembre de 1864, publicó el señor González Brabo, ministro entonces y ahora de la Gobernación, una circular sobre imprenta en la cual se leían las siguientes líneas:

«El Gobierno ha querido que mientras durase el movimiento de la lucha se manifestaran todas las opiniones, hasta las más extremadas y violentas; y ha deseado que todas las calificaciones de que pudieran ser objeto los ministros, hasta las más inverosímiles, vieran la luz pública.»

Y más abajo:

«Las instituciones más altas, las personas más sagradas han visto indignamente vulnerados su carácter y su existencia.»

«De hoy más el Gobierno, que no vacila en entregar sin temor sus actos á las más acerbadas recriminaciones por estar seguro de refutarlas victoriosamente en las Cortes, en la prensa misma, y cuando su derecho lo exija, en los tribunales, está resuelto á defender, usando por enérgica manera de los recursos de la ley, aquellos fundamentos del orden social y político que la legislación constitucional en España y el sentido común en todas partes ponen al abrigo de toda especie de controversia.»

«La actual ley de imprenta ha sido aplicada en pocas ocasiones; puede decirse que ahora es cuando con verdadera resolución se pone á prueba.»

Pues bien; los periódicos anuncian hoy que *La Iberia* ha sido llevada ante los tribunales por denuncia fiscal, por una carta de su corresponsal de París, de la que nosotros reproducimos algunas líneas en nuestro número del miércoles, por ciertos párrafos de la misma que se referían á algunas operaciones del ministro de Hacienda.

Al paso que esto sucede, nuestros lectores saben por demás, y de ello les damos nuevas pruebas en otro párrafo de este número, hasta qué punto después de la mencionada circular se han defendido aquellos fundamentos del orden social y político que la legislación constitucional en España y el sentido común en todas partes ponen al abrigo de toda especie de controversia. De todo lo cual se infiere, que ó no hay en la ley de imprenta garantías más que para los actos y personas de los señores ministros, ó de otro modo sería preciso convenir en que la conducta del ministerio llegaba al colmo del egoísmo y de la indignidad.

En un párrafo que *La Democracia* dedica á comentar el que nosotros escribimos acerca de la devoción de multas á los periódicos, consignamos dos hechos que creemos deber notar:

1.º Que en dos años que lleva de publicación no ha sufrido ninguna condena. (*La Democracia*)

2.º Que si la hubiere sufrido y tuviera algo que devolver, no lo daría.

El comentario de estos dos hechos los dejamos al cuidado: el del primero al del sentido común de los hombres monárquicos y católicos; el del segundo al pueblo pagano, objeto preferente de los amores democráticos.

Al fin tenemos noticia de haber llegado á Southampton el correo del Pacífico, que trae también una importante noticia de Santo Domingo.

Hé aquí el despacho semi-oficial que ayer publica un periódico.

«PARIS, 30.

Ha llegado á Southampton el correo del Pacífico. A su salida el Gobierno de la república peruana había triunfado por completo del general Castilla y de sus partidarios, y había dispuesto que dicho general se embarcase en el bergantín *Guise* que estaba dispuesto á dar la vuelta al mundo.

La tranquilidad era perfecta.

La escuadra española continuaba en muy buen estado.

Ha salido para Madrid un oficial de la escuadra que ha venido en el vapor y que es portador de pliegos para el Gobierno español.

Hay noticias de Santo Domingo. Las tropas españolas todas se han concentrado en Santo Domingo y en Puerto-Plata, y están preparadas para el embarque, cuando reciban órdenes para ello. No había habido ningún acontecimiento notable.

Los dominicanos reforzaban sus fortalezas.

Ante la gravedad de las últimas noticias, no tenemos para qué ocuparnos en las referentes al Perú. La concentración de las tropas en Santo Domingo y la orden dada indudablemente á aquella autoridad para que prepare el embarque, es un hecho que, á nuestro juicio, excede de las facultades del Gobierno: esto es lisa y llanamente haber prejuzgado el voto de las Cortes y manifestar una disposición decidida á prescindir de su acuerdo. ¡Bien decía el día pasado en el Congreso el ministro que aseguraba que el voto de la mayoría estaba prejuzgado!

Pero así y todo preguntamos nosotros: ¿cuál sería la posición del Gobierno, si el Congreso, por casualidad, ó el Senado, desechasen el proyecto de abandono? El Gabinete no ha podido adoptar semejante resolución, obrando recta y legalmente, y ha incurrido en una responsabilidad inmensa. ¿Sostendrá estas medidas el señor Rivero?

El ilmo. Cabildo catedral de Plasencia se ha adherido cristianamente y noblemente á su excelentísimo é ilustrísimo Prelado, en condenar y protestar cuanto se reproba y protesta en la Encíclica de Su Santidad, y felicita á su digno Obispo por su apostólica conducta en publicar los documentos emanados de la Silla apostólica.

Hé aquí el documento que con este motivo le ha dirigido:

Cabildo catedral de Plasencia.—Excmo. é ilmo. señor (1) Presentimiento histórico de los puros de Pozo-Blanco.

ñor:—Este su Cabildo ha recibido con el mayor aprecio la exhortación pastoral que V. E. ilustrísima ha tenido la bondad de dirigirme con su respetable oficio de 9 del corriente, y enterado de su contenido ha acordado contestar á V. E. ilustrísima, como lo ejecuta, que se contiene con V. E. ilustrísima de lo más Santo Padre Pío IX. con motivo de su Encíclica expedida con fecha 8 de Diciembre último; así como de los denuestos que la misma ha tenido la amabilidad de dirigir al Episcopado español por su celo en cumplir con sus deberes y deseando contribuir en cuanto está de su parte al desagravio de tan atroces insultos, y á mitigar también la honda pena que no han podido menos de causar en el sensible y piadosísimo corazón de V. E. ilustrísima, aprovecha esta oportunidad para manifestarle su más íntima adhesión y profundo respeto, asegurándole que ha visto con la más grata satisfacción la conducta tan digna y elevada de V. E. ilustrísima en publicar desde luego la mencionada Encíclica con el *Syllabus* ó catálogo que le acompaña de los errores de la actual época condenados por Su Santidad, y que identificado este Cabildo con V. E. ilustrísima, inclina su cabeza á tan inflexible oráculo acatándole cordialmente, detestando todos los execrables errores que él proscribió, y condenando y reprobando todo lo que él repugna y condena, bien convencido de que en ello se cifra, á la vez que el bien de la Iglesia y la salvación de las almas, la felicidad también del Estado.—Dios guarde á V. E. ilustrísima muchos años. Plasencia, 13 de Marzo de 1865.—Excelentísimo é ilustrísimo señor.—Liberato Fernández García, Dean.—Francisco Peña, Canónigo.—Gregorio de la Caneja Castañeda, Canónigo.—Por mandato del ilmo. señor Dean y Cabildo, Ramon Guillen y Aguado, Vicario secretario.—Excmo. é ilmo. señor Obispo de esta diócesis.—Es copia.

El Diario Oficial publica el siguiente anuncio:

«Empréstito pontificio de 1.º de Abril de 1864.—Desde 1.º de Abril próximo se abre el pago del cupón número 9, pudiendo presentarse al cobro los días no feriados, de diez de la mañana á dos de la tarde, en las oficinas de los Sres. D. A. Miranda é hijo, banquero de la Caneja Castañeda, Canónigo.—Por mandato del ilmo. señor Dean y Cabildo, Ramon Guillen y Aguado, Vicario secretario.—Excmo. é ilmo. señor Obispo de esta diócesis.—Es copia.

Es regla infalible para juzgar de ciertas cosas, observar el efecto que producen en nuestros adversarios. Por eso nosotros el día que no nos vemos atacados ni denostados por ciertas gentes, nos afligimos pensando que el día anterior no hemos acertado á darles en lo vivo.

Aplicado este criterio á ciertos artículos que publicó *La Iberia* hace pocos días, contra unas misiones que se habían celebrado en Calatayud, decíamos nosotros: magníficas deben de haber estado; gran golpe habrá llevado Barabás, cuando tanto lamento exhala el liberalismo.

Y en efecto las misiones de Calatayud han sido una gloria para la Religión, un gran motivo de pena para el infierno.

Hé aquí la comunicación que de aquel punto nos dirigen:

CALATAYUD 23 de Marzo de 1865.

Señores redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Han terminado las sagradas misiones que por disposición del Excmo. é ilmo. señor Obispo de la diócesis, D. Cosme Marroddá y Rubio, han dado en esta ciudad los RR. PP. de la Compañía de Jesús, José Mach, Victoriano Martín, Juan Bautista Vinader y Tomás Rivas; y como quiera que acontecimientos semejantes no deban quedar encerrados en el estrecho círculo que ha sido su teatro, he creído de mi deber dirigir á Vds. unos cuantos renglones que, si no van engalanados con las bellezas de la elocuencia, son hijos de la sencillez y de la convicción que caracterizan la verdad.

Elegido para patrono y titular de los actos religiosos que iban á practicarse el Santísimo Cristo de Rozala, de suma y respetuosa veneración para estos habitantes, dióse principio con la traslación de la santa efigie desde la Iglesia de Religiosos Capuchinos á la que fué elegida para el Santo Sepulcro de Jerusalén, y sin embargo de verificarse esto en día de trabajo, y no haberse podido contar apenas con las horas necesarias para comunicar los avisos y órdenes convenientes á cuantas autoridades, corporaciones y de endencias encierra esta población, es lo cierto que formaban la procesión seis ó ocho mil personas, la mayor parte con cirios y velas, observándose en la carrera la mayor compostura y recogimiento.

Inaugurados así los piadosos ejercicios, desde luego se comprendió que el templo del Santo Sepulcro destinado para ellos, á pesar de su vasta extensión, no había de bastar á contener la multitud de fieles que con santa emulación se preparaban á asistir, y en consecuencia hubo de determinarse que las funciones de la santa misión se celebrasen á la vez en el magnífico templo parroquial de San Juan, que antiguamente perteneció á la casa-colegio de los Padres Jesuitas establecidos en esta ciudad, la cual debe acaso á los mismos la importancia que llegó á tener en tiempos no muy remotos.

A las cinco y media de la mañana ya se celebraba en el Santo Sepulcro el inmenso sacrificio de la Misa, acompañado de la explicación y meditación de todas y cada una de sus misteriosas ceremonias, que con santa unión hacia uno de los Padres misioneros, continuando después otro un sermón lleno de erudición cristiana, y en el que competían el celo por la causa de Dios y el mayor deseo del aprovechamiento de las almas, redimidas con la sangre del Cordero inmaculado.

A las diez se pronunciaba otro discurso en la Iglesia de San Juan, cuya tarea estaba encomendada al reverendo Padre Juan Bautista Vinader, quien muy luego llegó á captarse el universal afecto del vecindario, en términos que, ya por las expresadas causas, ó ya también por lo cómodo de la hora, todos se disputaban la satisfacción de oírle, saboreando las dulzuras celestiales y santas verdades que anunciaba desde la cátedra sagrada, donde todavía no hace un siglo resonaba la voz de sus hermanos los esclarecidos hijos de Loyola.

A las seis de la tarde en ambas iglesias, después de rezar el Santo Rosario, practicábase los ejercicios de la Misión por los cuatro Padres, cada uno de los cuales respectiva y alternativamente se encargaba de los sermones doctrinales y morales, desempeñando los con santa libertad y celo, llevando el convencimiento á los ánimos más desprecupados é indiferentes, y sembrando en todos las más gratas y consoladoras esperanzas, si de buena voluntad recibían el don de Dios que les llamaba á penitencia. Amenazadas las dos horas de tiempo que estos con sus consumos con armoniosos cánticos de letanías alusivas al objeto, puede decirse con verdad que todos sentíamos su conclusión.

Por espacio de trece días fué este el orden observado en los santos ejercicios, con sola la diferencia de que en tres de ellos se dió una pequeña misión á los niños de ambos sexos, también en diferentes iglesias, la cual aumentaba otros dos ó tres sermones diariamente, siendo excusado decir que, así en estos como en los demás que se pronunciaron, los incansables Padres, ya en la elección de materias, como también en el modo de tratarlas, se colocaron á la altura correspondiente, descubriendo con ojo avizor y penetrando hasta en los secretos más íntimos de las conciencias, señalando el origen del mal y de los espíritus, para aplicar el oportuno remedio.

Así preparados los corazones de los fieles, dióse principio á oír las confesiones, y en este período de la

Misión preciso es proclamar muy alto que los Padres de la Compañía, con una asiduidad y laboriosidad sobrehumanas, se encontraban á todas horas y en todas partes prontos á ejercer su santo ministerio, ayudados constantemente por nuestro Excmo. Prelado, que á mitad de los días de ejercicios había procurado presenciar desde la capital de la diócesis á cumplir las evangélicas tareas, siendo secundado por el virtuoso y ejemplar Clero de estas iglesias, alguna de las que se abría á las dos de la mañana para dar lugar á las confesiones, que continuaban hasta las doce de la noche, hora en que vimos alguna vez á nuestro celosísimo Pastor abandonar el confesionario, sintiendo no hubiera más penitentes para pasar toda la noche.

Pero faltaba todavía otro acto imponente y acaso el de más importancia en la Misión, y este lo habían preparado los Padres para las seis de la tarde del 13 del actual, con una función que, suponiendo no podría verificarse en ninguna de las iglesias por el inmenso concurso que se esperaba, tuvo lugar en la magnífica Plaza del Mercado que admirar y ven con gusto los que visitan á Calatayud.

Colocado en medio de uno de sus ángulos el vistoso tablado del municipio, é improvisado un bonito altar, á presencia de una multitud de 8 ó 10 mil personas, á cuyo frente se veían ordenadamente formados el Clero y cofradía del Santo Rosario, dió principio el infatigable misionero reverendo Padre José Mach, á dirigir su enérgica y santa palabra desde uno de los balcones en que por constante tradición se cree había anunciado la suya el invicto Apóstol de Valencia San Vicente Ferrer, y en un bien razonado y sentido discurso, probó la necesidad en que estábamos, para lograr el fruto de la misión, de perdonar y amar á los enemigos y á cuantas personas hubiésemos de algún modo ofendido, vilipendiado ó despreciado.

Cuando recorriendo los ejemplos que la historia sagrada y profana nos ofrece para modelo de nuestra conducta, llegó á comentar y explicar la divina doctrina del Hijo de Dios pendiente en la cruz, pidiendo á Su Padre el perdón de los que le crucificaban, el innumerable auditorio que con santo recogimiento escuchaba al tierno orador vióse religiosamente sorprendido con la llegada á la plaza de una silenciosa procesión compuesta de muchas personas devotas, que con luces encendidas, precedida á otra parte de Clero que con capas pluviales venían acompañando al Santísimo Sacramento, desde la inmediata Iglesia de San Pedro, presidiendo el acto nuestro amosísimo Prelado, y á su lado el digno Vicario general de este Arceobispado con dos Padres misioneros.

Llegado al tablado tan inesperado cortejo, no hay lengua que pueda articular, ni pluma que pueda describir la emoción de tantos corazones postrados todos con devota humildad ante el Rey de los Reyes y Señor de los dominadores, esperando la solución de tan encantador espectáculo.

Un pueblo en masa arrodillado ante Dios; un silencio semejante al de las tumbas, que sólo se interrumpía por los sollozos y gemidos de la muchedumbre: la espesiente iluminación que en los balcones y plazas despedían millares de luces: las lujosas caladuras con que los dueños de aquellos edificios adornaron sus fachadas: las estrellas del firmamento brillando magistralmente sobre las cabezas de tantos cristianos, y el Rey de los Cielos y Tierra contemplando desde su alto trono la fe y piedad de los habitantes de Calatayud, son acentos imposibles de reseñar, y que nadie con más justicia que yo debe renunciar á escribir.

De repente se oyó la voz del orador, que, reanudando su discurso y presentando al auditorio el tipo de la caridad y del amor, principió pidiendo perdón al Señor y al pueblo, recorriendo después y exhortando á todas las clases y estados, que espontáneamente y como un sólo hombre prorumpieron en entusiastas gritos de perdón, mezclados con las abundantes lágrimas que surcaban las mejillas de los espectadores, terminando el solemne acto con la vuelta del Santísimo á la Iglesia, acompañándole todo el concurso.

Al siguiente día se verificó la devoción á la Iglesia de Capuchinos de la Imagen del Santísimo Cristo de Huzola, y aún en día de trabajo como era, partió la procesión desde el Santo Sepulcro, formando la comitiva de 12 á 14 mil almas, muchas de los pueblos comarcanos, que, precedidos de sus párrocos, habían acudido á la ceremonia.

Allí se veían las autoridades civiles y militares y las dependencias del Estado ostentando públicamente su piedad y catolicismo: todos los gremios y cofradías con sus pendones y Santos titulares, conducidos en sus acostumbradas peanas: los rosarios con sus estandartes y simétricas arañas encendidas; el Clero todo bajo la presidencia de nuestro dignísimo Prelado con los misioneros, y últimamente la veneranda efigie del Salvador, radiante de majestad.

Aunque ya con lo expresado podría considerarse por terminada la santa Misión, todavía el viernes 17 tuvimos la complacencia de oír la voz de los Sacerdotes del Señor, que por la mañana en la Iglesia de San Juan, y por la noche en la del Santo Sepulcro, se despedían del piadoso auditorio que tantas muestras había dado del interés con que escuchaba las eternas verdades los días anteriores. Ambos oradores desempeñaron brillantemente su cometido; empero no podemos menos de elogiar al Sr. Vinader, que, ante un concurso de cinco mil almas en el Santo Sepulcro, comandando por tema de su oración el *Adoramus te Christe*, etc., supo conmovir los corazones hasta el extremo de arrancarles sonoros gritos de adhesión, protestando y jurando defender la Cruz Sacrosanta del Señor, y renunciar á las impías doctrinas del mundo y de Barrabás.

Los encarcelados y pobres enfermos del hospital también habían de llamar la atención de los Padres misioneros, y así es que se les vió en las últimas horas de su permanencia en la ciudad consagrarse con cariño infatigable al consuelo de aquellos desgraciados, preparados con sus exhortaciones y confesión para recibir el Pan celestial, que en la mañana del sábado les distribuyó el Excmo. é ilmo. señor Obispo en medio de un religioso concurso; después de todo lo cual, y en la tarde de aquel mismo día, tuvimos el sentimiento de ver alejarse de entre nosotros á los reverendísimos Padres, que, para llenar los deberes de su ministerio, se dirigieron á la capital de la provincia, siendo acompañados hasta la estación del ferrocarril por S. E. I. el ilustre Vicario general, muchos individuos del Clero, y millares de personas de todas clases, sexo y edad, algunas de las que les siguieron hasta el término de su viaje.

Como resultado de tan heroicos trabajos y tareas, se han dado tres comuniones generales además de las que anteriormente se mencionan: una para los niños de ambos sexos, y dos para los adultos, administradas éstas por el incansable Prelado diocesano, con la cooperación de cuatro Sacerdotes más, ascendiendo el número de Sagradas Formas repartidas durante la misión á unas *dieciocho mil*: se han obrado diferentes conversiones de hombres alejados 40, 50 y más años de toda práctica religiosa: se han realizado restituciones de intereses defraudados, reparaciones de honra ultrajada, reconciliaciones de enemigos más ó menos encontrados: muchos concubinos y amancebamientos han desaparecido, y no pocos han pasado á convertirse en uniones legítimas consagradas por la Religión: se han dado públicamente testimonios los más entusiastas de la divinidad de Jesucristo por hombres que, envueltos toda su vida en las sombras del error, habían llegado á conseguir el conocimiento de las eternas verdades, cuando otros Centuriones á la vista de los prodigios obrados en la montaña del Gólgota; además se oyen las blasfemias que ántes habían nuestros oídos: se han presentado á los Párrocos muchos libros prohibidos, y por último, se ha verificado en los habitantes de este pueblo una completa transformación, que confiamos en la gracia de Dios durará por largo tiempo.

Para honra y gloria del Señor debemos confesar que todo esto ha sido obra de sus manos, enviándonos á tan dignos Apóstoles con la misión de extirpar entre nosotros los perniciosos efectos de la irreligión é impiedad, fortaleciendo y avivando á la vez la apatía é indiferentismo de los buenos aunque débiles cristianos; también debemos en honor de la verdad consignar, que el pueblo de Calatayud no ha

desmentido en esta ocasión la proverbial religiosidad que le ha hecho conquistar siempre un pie sobre el preferente entre los adoradores de la Cruz, pues que á pesar de la crudeza de la estación ni un momento se vió vaciar á nadie para asistir á los santos ejercicios, llenándose á toda hora los templos, concurriendo á ellos sin distinción de colores políticos, presentándose en las comuniones las autoridades judiciales, militares y empleados en otras dependencias del Estado, y observándose en todos y cada uno de los actos la más reverente atención, orden y compostura.

Benignados, pues, al Señor, que nos ha visitado en su gran misericordia, y demos las más rendidas gracias al vigilante Pastor de nuestras almas, que, cual avanzado centinela de Israel, nos ha preparado tan eficaz remedio en nuestras necesidades disponiendo la santa misión, cadyuvando y trabajando incesantemente con sus obedientes Sacerdotes, y dirigiéndonos su paternal voz en la solemne función de gracias celebrada el 19 del corriente, para recordarnos las doctrinas predicadas en la Misión y asegurarnos en nuestra fe y Catolicismo, haciendo de todo ello un discurso de hora y media, que escuchó atentamente el inmenso auditorio.

Esta es, señores redactores, la verdad de los hechos, que contra lo que se dice en los artículos comunicados de *La Iberia*, están prontos á proclamar doce mil testigos que los han presenciado. Quisiéramos que el Gobierno de S. M. aprovechara la lección, á fin de que, penetrado de la importancia de actos como los, que incorrectamente acabamos de relacionar, dispense á los Prelados y Sacerdotes la protección necesaria para llevar á cabo la regeneración social basada en los eternos principios de justicia y de moral, sin los que tienen que derrumbarse los más encumbrados edificios y proyectos.—Un suscriptor.

Mañana empezará en el Senado la discusión sobre el proyecto de ley de anticipo.

El senador Sr. Alfaro Sandoval manifestó ayer que tiene pedida la palabra en contra y no en pró del proyecto de anticipo, como han dicho algunos periódicos.

Hasta mañana probablemente no podrá votarse en el Congreso el proyecto de ley sobre el abandono de Santo Domingo.

Ayer tarde terminó sus trabajos la comisión que ha de emitir dictamen sobre el proyecto de ley de cesión de bienes del Real Patrimonio.

Anoche quedarán definitivamente redactados todos los artículos del dictamen, el cual sólo difiere del del Gobierno en el término fijado para los plazos y en otros puntos enteramente nuevos, que no alteran la esencia del proyecto de ley y que completan el pensamiento del Gobierno.

El Sr. Cánovas del Castillo se ha reservado el derecho de rectificar, para cuando termine el Sr. Seijas Lozano, haciéndolo en un solo discurso á este y al señor Benavides.

Dice El Reino:

«La cuestión de Santo Domingo es una cuestión militar. Al ministerio pertenecen dos capitanes generales y un teniente general. Ninguno ha desplegado sus lábios hasta ahora. ¿Es casual, ó deliberado, este silencio? no lo sabemos, pero á nosotros nos parece bastante mal.»

Dice La Política:

«El comité de la mayoría se ha reunido hoy y ha acordado aplazar sus trabajos dedicándose únicamente á que los presupuestos se discutan con toda amplitud.»

Aplaudimos la conducta prudente observada hasta ahora por el comité.»

Según El Eco del País, se trabaja por algunos para que el general Concha (D. José) sea ascendido á capitán general, en la vacante que existe desde que falleció el venerable duque de San Miguel.

Si esto se alcanza, opina el citado diario, será la primera victoria del centro parlamentario.

Las Novedades dice que el general Makenna será nombrado capitán general de Aragón.

Dijo La Correspondencia, dándose aires de autorizada competente, que el conde de San Luis no piensa por ahora en ir ni á Londres ni á Roma.

Pero *Nova Noticias* le sale al encuentro, y dice que el Sr. Sartorius no la había autorizado para que hiciera la declaración; de lo cual se deduce, que el señor conde de San Luis piensa en ir á Londres ó á Roma.

La Princesa Carlota de Prusia viajará por España en el mes de Abril próximo, bajo el incógnito de condesa de Hohenstein.

Ayer se celebró en el ministerio de Fomento la suabasta del ferrocarril de Córdoba á Esjé y Belmez, habiendo sido el rematante D. Ignacio Sabater, diputado ministerial electo por Cazorla.

El Sr. Cortina, secretario de la embajada de Rusia, ha sido nombrado para igual cargo en Londres.

En Rusia sustituye al Sr. Cortina D. Emilio Muruaga, y para la plaza de oficial que este deja en la secretaría de Estado ha sido nombrado el Sr. Moreno Villalba, segundo secretario en la legación de los Estados Unidos, á donde irá en comisión el Sr. Loigorri.

Según anuncian los periódicos de Washington, el Senado anglo-americano ratificó el día 10 del corriente el nombramiento de Mr. John P. Hale, ex-senador, para embajador de los Estados Unidos en Madrid.

## PARTE OFICIAL DE LA GACETA.

### PRESIDENCIA DEL CONSEJO DE MINISTROS.

S. M. la Reina nuestra Señora (Q. D. G.) y su augusta Real familia, continúan en esta corte sin novedad en su importante salud.

### REALES DECRETOS.

Atendiendo á las razones que me ha expuesto el teniente general D. Fernando Fernández de Córdova, marqués de Mendigorría, vengo en admitirle la dimisión que, fundada en el mal estado de su salud, me ha presentado del cargo de ministro de la Guerra; quedando muy satisfecha del celo, inteligencia y lealtad con que lo ha desempeñado.

Dado en Palacio á treinta de Marzo de mil ochocientos sesenta y cinco.—Está rubricado de la Real Mañá.—El presidente del Consejo de ministros, Ramon María Narvaez.

En atención á las circunstancias que concurren en el teniente general D. Felipe Rivero y Lomoyne, vengo en nombrarle ministro de la Guerra.

Dado en Palacio á treinta de Marzo de mil ochocientos sesenta y cinco.—Está rubricado de la Real Mañá.—El presidente del Consejo de ministros, Ramon María Narvaez.

### ULTIMA HORA.

#### TELEGRAMAS.

(Servicio particular de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.)

PARIS, 31

Los diputados de la oposición y algunos de la mayoría han resuelto pedir con insistencia al Gobierno imperial la sustitución de los procedimientos legales y judiciales á las medidas gubernativas usadas hoy con la prensa.

MARSELLA, 30.

Ha llegado la comisión mejicana presidida por Velazquez Leon, de paso para Roma, á donde va con objeto de arreglar directamente con el Papa las dificultades que han surgido en México en los asuntos eclesiásticos.

VIENA, 31.

El ministro de los Negocios extranjeros, M. de Mensdorff ha declarado á la Cámara que Austria necesita la continuación de la paz y que la alianza con Prusia es una garantía de que aquella no será turbada. «Austria, ha añadido, no tiene hoy por hoy sentimientos hostiles hacia Potencia ninguna.»

En la Bolsa de hoy se han cotizado los valores á los precios siguientes:

Títulos del 3 por 100 consolidado 47-15 publ.  
Título del 3 por 100 diferido 42-20 publicado.  
Deuda amortizable de primera clase 00-00 no publ.  
Deuda amortizable de segunda id. 24-50 publ.  
Deuda del personal 22-45 publicado.  
Obligaciones del Estado para subvención de ferrocarriles 81-00 publicado.  
Acciones del Banco de España, 137 y 138 no publ.

## CÓRTESES.

### SENADO.

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SEÑOR MARQUES DEL DUERO.  
Extracto de la sesión celebrada el día 30 de Marzo de 1865.

Se abrió á las dos y media, y leída el acta de la anterior, fué aprobada.

Se leyeron varios dictámenes de la comisión de calidades, opinando fuesen admitidos los senadores electos señores conde del Real, marques del Puerto y don Manuel Ruiz Tagle.

Se dió lectura de una proposición suscrita por el Sr. Franco, pidiendo se variase el trazado del ferrocarril de Zaragoza á Escarot.

El Sr. ALFARO SANDOVAL hizo presente á la mesa que había pedido la palabra en contra del proyecto de anticipo en el día de ayer, y no en pro como han dicho algunos periódicos.

El Sr. TEJADA manifestó que no podía usar de la palabra que tenía pedida en contra de la totalidad del proyecto de reorganización de tribunales, pero que se reservaba hacer uso de ella cuando se discutiese por bases.

Inmediatamente se entró en la orden del día, continuando la discusión sobre el proyecto de reorganización de tribunales.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA declaró que se iba realizando lo que había manifestado desde un principio, es decir, que á medida que fuera avanzando este debate se irían convenciendo los señores senadores de la conveniencia de los proyectos presentados por el Gobierno, haciendo esta declaración, porque tanto los señores que habían pedido la palabra en pró, como los que la habían solicitado en contra, todos han reconocido la bondad de dichos proyectos.

El Sr. GALVEZ CANERO habló en contra de la primera base, manifestando que estaba decidido á oponerse siempre á conceder autorizaciones á los Gobiernos para que pudiesen en práctica las bases de cualquier proyecto de ley, y mucho más de tanta trascendencia como el que se discute, respecto al cual cree que el país no tiene medios para plantearlo.

Dijo que se estaba discutiendo inútilmente, porque á la vez que se encuentran recursos y crédito para acometer grandes empresas y hacer grandes gastos, no se arbitran medios para ensayar el proyecto de que se trata, creándose unos tribunales ambulantes, fallos de prestigio y de fuerza, y de poderes bastante limitados.

Declaró que combatía la base primera, porque se iba á establecer con ella una gran desigualdad entre todos los españoles.

El Sr. GÓMEZ DE LA SERNA, de la comisión, contestó que el Gobierno y la comisión, apoyados en el dictamen de la de códigos, habían manifestado las razones que se tenían para solicitar la autorización para plantear el proyecto que se discutía.

Aseguró que el Sr. Galvez Canero había dado un voto favorable, en unión del orador, al proyecto pidiendo autorización para plantear la ley de enjuiciamiento civil.

Añadió que el proyecto de ley que se discute era mucho más liberal que el que votaron las Cortes constituyentes, porque no en balde pasa el tiempo, y las ciencias adelantan diariamente.

El Sr. GALVEZ CANERO rectificó nuevamente, diciendo que se oponía al proyecto de ley que se discute, porque podía caer en manos de un ministerio que quisiese bastardear sus prescripciones, y entonces daría lugar á muchos abusos.

Añadió que había una gran diferencia entre dicho proyecto y el Código penal, porque éste establecía la penalidad inmediata.

El Sr. GÓMEZ DE LA SERNA contestó que el Gobierno quería estudiar ó hacer un ensayo de los tribunales correccionales, para convertirlos después en permanentes, si se peticionaba su conveniencia.

El Sr. SANCHEZ SILVA (secretario) subió á la tribuna y leyó los Reales decretos, por los cuales se admitía la dimisión que del cargo de ministro de la Guerra había presentado el Sr. Fernandez de Córdova, y se nombraba para dicho puesto al teniente general D. Felipe Rivero.

Inmediatamente después se levantó la sesión.

Eran las cinco y media.

### CONGRESO.



Señores, la cuestión de humanidad y la cuestión de honra son los dos argumentos que se nos hacen. Se dice: ¿vais a abandonar a esos infelices que nos importan? Ya he dicho que los Gobiernos no pueden dejarse llevar del sentimentalismo: no son más que administradores de la nación; deben ver las cuestiones bajo todos sus aspectos.

Decía ayer el Sr. Cánovas: no es juez de la honra de la nación la junta consultiva de guerra. Tenía razón S. S.; no hay cuerpo ni individuo en el Estado que pueda llamarse juez de la honra nacional; pero al hacer yo este argumento lo hacia contestando a un diputado, y en el mundo, por vía de comparación, sin hacer árbitro de la honra nacional a la junta consultiva, y al decir esto añado que el Gobierno tampoco era árbitro de la honra nacional; el árbitro es la nación misma.

Y, señores, en la guerra de la Independencia la nación misma hizo estrabar en aquella guerra su dignidad y su decoro. El asunto de la honra nacional es asunto de sentimiento; los sentimientos no se explican, se manifiestan; y si aquí estuviese interesada la honra nacional, ya se habría manifestado ese sentimiento de otro modo que por los discursos aquí pronunciados. Esos sentimientos, señores, no vienen de arriba abajo; vienen de abajo arriba. Los sentimientos, las alegrías o dolores, no tienen valor ninguno.

Decía el Sr. Cánovas que no se debía tratar de la reincorporación, sino del abandono. Pero ¿cómo probar que una ley es buena sin condenar la que la reemplaza? El Sr. Cánovas no quería examinar la cuestión bajo ese punto de vista; pero era necesario examinarla.

Aquí ha habido un hecho: ¿se ha verificado por la opinión unánime de los estados de España? ¿Tiene en su apoyo la venerable antigüedad? ¿Es conveniente? Cuando no ha habido una autoridad que crea útil la anexión; cuando la historia muestra que en Santo Domingo siempre ha sucedido lo que hoy sucede, y si se pacificase volvería a suceder; cuando se ha visto que la anexión se hizo sin anuencia del Gobierno y que ha traído consecuencias desastrosas, ha habido necesidad de venir a parar en que el abandono es conveniente.

Habló ayer el Sr. Cánovas del Perú. En esa cuestión el Congreso me permitirá que sea muy parco. No ha llegado el tiempo de examinarla; y el Congreso tendrá todos los antecedentes. Pero han venido periódicos de Lima y de otros puntos, y los hechos han sido comentados. Yo no me permitiré ni aun repetir las expresiones del Sr. Cánovas. Mientras S. S. no vea los documentos oficiales, no puede combatir con buenas armas, y yo tendría sobre S. S. una gran superioridad.

Dijo ayer el Sr. Cánovas que habían aprehendido a nuestros soldados en el Callao, porque pensábamos en el abandono de Santo Domingo.

El Sr. CÁNOVAS. No, no. El señor ministro de ESTADO: Yo había entendido eso, y me alegro que lo explique el Sr. Cánovas. Yo decía: ¿cómo es posible que S. S. confundiera una revista de marinos con un Gobierno de una nación? Ese motivo contra nuestros hermanos era también contra aquel Gobierno.

El tratado que hemos hecho con el Perú, es posterior al proyecto de abandono. Y creo que si no fuera porque se ha visto que en América mostramos un grande espíritu de moderación, unido a la necesaria energía, habríamos tenido en contra nuestra a todas las repúblicas Sur-americanas, que por esa posición circunspecta y firme a la par han estado a favor nuestro.

El Sr. Cánovas cree que merced a una política guerrera en el exterior, se ganaran muchas cosas en el interior. Esa política que no llamaré aventurera, sino desventurada; esa política de iniciativa en ciertas cuestiones europeas, que pueden mirarse por alguno como señal de virilidad, es una política equivocada. Nunca se da una idea de la fuerza mayor, que cuando no se hace alarde de ella.

El hacer alarde de fuerza es demostrar la propia debilidad. Cuando una nación emplea sus capitales en mejoras interiores, en lugar de gastarlas en fiestas de pólvora en el extranjero, adquiere grandes fuerzas, y los extranjeros dicen: ¿dónde llegará por ese camino? En el momento que se hace un alarde de fuerza, el extranjero sabe ya los grados a que esa nación puede llegar.

¿Pero sirven las guerras exteriores para evitar complicaciones interiores? ¿Hubo tanta paz interior durante la guerra de África? ¿Habían dejado los españoles sus querellas políticas? Triste es decirlo; pero en el estado actual de España las expediciones exteriores son peligrosas, no solo bajo el aspecto que he dicho, sino también bajo el aspecto del orden interior. Casi estubo a punto de costarnos una nueva guerra civil la expedición de África. Durante ella un partido creyó poder aprovechar la ocasión de derribar el Trono de la Reina, y volver a los tiempos pasados.

El Sr. Cánovas supuso ayer en un momento de arrebatamiento que el Gobierno podía traer aquí un documento falso.

El Sr. CÁNOVAS. No, no, ni nada parecido: fué argüir *ad absurdum*.

El señor ministro de ESTADO: Me basta; no tengo nada que añadir. S. S., sin embargo, leyó un documento sobre el cual nos interesa decir algo. En ese documento no se trataba muy bien al cuerpo de marina empleado en aquellas costas para el bloqueo de los puertos por donde los enemigos podían recibir auxilios. Ese documento no debió venir aquí; vino por error; no hacía para nada a la cuestión; pero si se mandaba el documento, era necesario que vinieran también las contestaciones.

Eso debía tener documentos contrarios, y los tiene, y los voy a dar para que se imprimen en el Diario. De ellos resulta que los hechos citados por la autoridad de Santo Domingo eran exagerados. El carbón no se concluyó: se había disminuido. La insurrección ocurrió de pronto; los recursos preparados para tiempo de paz, en los primeros momentos se hallaron insuficientes para las nuevas necesidades de la guerra. Entonces se acudió a todos los depósitos de carbón, y los servicios no cesaron sino por quince días en algunos puntos. No podía haber depósito de carbón en Santo Domingo, porque los buques de gran calado no pueden entrar: no hay depósito más que para los buques pequeños que navegan a lo largo del río.

Nuestros buques tenían y aun tienen la obligación de llevar toda la fuerza, transportar enfermos, mantenimientos, acémilas, municiones y hasta el agua. Para el campamento de Puerto-Pata todas las mañanas debían ir los buques a llevar agua y leña; porque costaba siempre entre tres o cuatro muertos y cuatro o cinco heridos cada día. Pues bien, la marina ha desempeñado este servicio a satisfacción del Gobierno, y si no hubiera sido por la marina, nuestras tropas no hubieran podido subsistir largo tiempo en ciertos campamentos.

Se queja también el capitán general de que el bloqueo no estaba bien establecido. Yo tengo en mi mano el informe de un Comodoro inglés enviado expresamente para saber si el bloqueo era o no eficaz. Habiendo hecho numerosas cruces ocho presas de barcos ingleses, hubo necesidad para el Gobierno inglés de informarse de si era eficaz el bloqueo; y el Comodoro declaró que lo era, y que las presas por consiguiente eran buenas. Daré este informe también para que se imprima en el Diario.

Estoy ya fatigado, y dejo con gusto la palabra al señor ministro de Ultramar. El Sr. Cánovas se queja ayer de que le hubiese tocado el turno para hablar cuando la cuestión estaba agotada. ¿Con cuánta razón me quejaré yo después de oír el eloquente discurso de su señoría? Mi posición es muy difícil, y espero que el Congreso me dispensará su benevolencia.

He dicho en otro lugar, y debo decir aquí, que es deplorable ver que mientras toda la prensa extranjera nos ha hecho justicia a todos, al Gabinete que hizo la anexión y al Gobierno actual, nosotros tratemos de envenenar los actos de nuestros adversarios.

La prensa extranjera ha dicho que el acto de la

reincorporación fué dictado por los sentimientos más nobles y generosos, y que el Gabinete actual ha escuchado la voz del patriotismo, y comprendido los deberes del puesto que ocupa. Y sin embargo, aquí se nos dice que nuestra política es mezquina, y que obramos guiados a impulso de miserables ideas de amor propio.

La Europa no ha encontrado una censura que dirigiera a la administración de Santo Domingo; y sin embargo, aquí se han hecho cargos graves a aquellas autoridades. Yo no pienso seguir esta conducta de recriminaciones: yo pienso hablar solamente a la razón.

El Sr. Cánovas hace un cargo al señor ministro de Estado, diciendo que a última hora había introducido una innovación en el debate, y que esta evolución revelaba que el Gobierno combatía en retirada, y se refugiaba en el punto de si la anexión fué o no favorable a España. En esto se equivocó el Sr. Cánovas: recuerde S. S. el preámbulo del proyecto del Gobierno. El Gobierno no ha tenido una palabra de censura para la anexión, y sin embargo es claro que no la aplaudía cuando proponía la revocación de aquel decreto.

El Sr. Cánovas fué más bien quien eludió la cuestión fijándose en consideraciones morales, dividiendo su discurso en cuestión de deber, cuestión de honor y razón de Estado; y bien conoce el Congreso que en ninguno de estos puntos cabían las cuestiones de intereses político y de intereses material. S. S. no las tocó, las eludió.

La cuestión de deber no puede tratarse de un modo aislado y concreto. Ante todas cosas debemos conocer qué es la parte española de Santo Domingo. Señores, lo primero que aparece en su historia es su insalubridad. Desde que se descubrió por Colon, el P. Bartolomé de las Casas hacia construir su población en tres millones de habitantes, y apenas se empezó a trabajar allí hubo que llevar 40,000 lucayos para que trabajasen. Después se trató de llevar población de Méjico, y desde entonces hasta nuestros días esa parte de la isla española no ha tenido producción ninguna de ningún género. Los franceses en su parte tuvieron que acudir a asientos con Holanda e Inglaterra para introducir negros, y se conceptuaba el tiempo de vitalidad de aquellas razas en cinco años.

Con esto, el año 1790 obtuvieron de Santo Domingo cerca de 28 millones de reales; ¿pero cuánto costaron esos productos? Un viajero decía que en 1800 había visitado la isla de Santo Domingo, y no había quedado rastro alguno de civilización. Aquella inmensa población negra se ha reducido después mucho; y en la parte española hay según unos, 100,000 habitantes, según otros 200,000.

Pero supongamos que la parte española diese productos como los de la francesa: ¿cuanto no habría que gastar para obtener este resultado? La Francia necesitaba colonias, y en la paz de Basilea pidió a la España la mitad de esa isla, y acudió a la inmigración negra. Ahora bien; ¿podíamos nosotros llevar allí una población negra-libre al lado de la república negra-libre? ¿Cree el Congreso que no se repetiría allí la horrible escena del año 91?

Tendíamos que hacerlo de población blanca, y esta es el gran problema que estudian en lo que va de siglo, el Gobierno y la isla de Cuba, y si habiendo podido resolver. Si este problema pudiera resolverse, ¿causaría tanto temor la abolición progresiva de la esclavitud en aquellas colonias?

Pero además, ¿sería posible fuéramos a hacer eso con recursos de la Península cuando tanta falta nos hacen aquí nuestras riquezas? ¿Acudiríamos a Cuba como se ha hecho hasta ahora? ¿Vais a ver lo que nos ha costado Santo Domingo hasta el 1.º de Octubre de 1864.

En el primer año nos costó 966,324 pesetas, porque no se tuvo durante un año completo en el ejercicio de 1862 a 1863 ya subió, a pesar de que la administración no había podido instalarse por completo, a 1,843,686 pesos, y de 1863 a 1864 el presupuesto subió a dos millones y medio de pesos. Pues bien, señores, estos gastos son un argumento indestructible para probar que cuando se estableció ya definitivamente nuestra administración allí en 1863, se gastaron 50 millones y pico de reales solo en la administración de la isla, destinándose cortísimas cantidades a población y a mejoras materiales, y sin comprender gasto ninguno reproductivo. Y, ¿creeis, señores, que Cuba, tan necesitada de protección, había de ver con indiferencia que en vez de consumirse allí los tesoros amontonados con el sudor de su frente, se llevaban a otra parte? Eso sería llevar allí una tea que podría incendiar nuestra colonia.

Decía el Sr. Ulloa que la cosecha de tabaco de este año en la isla de Santo Domingo será de 700,000 quintales; pero, señores, si no poseemos el interior, ¿qué más nos da a nosotros que cojan tabacos de cojan café? Además, ¿quién le ha dicho al señor Ulloa lo que será la cosecha de este año, cuando no se sabe siquiera lo que la será los anteriores? En cuanto a las condiciones higiénicas del país, ahí están los documentos que las demuestran, y hasta hoy mismo se han presentado a mí los diputados de Cádiz para pedir que no se detuvieran en aquella población tantos enfermos como vienen de la isla. Pero además, ¿quién ha leído algo sobre Santo Domingo, que no sepa las condiciones enfermas de su clima, no debidas, como el Sr. Saavedra Meneses supone, a las corrientes cálidas que nacen junto a la isla y van a morir a Méjico; sino a ciertas yerbas venenosas que trituradas por el paso de animales y descompuestas por el sol y las aguas, emponzoñan hasta las corrientes?

Veámos, pues, las condiciones de la isla, y véase si nos conviene hacer grandes sacrificios para conservarla.

Es verdad que el Sr. Cánovas del Castillo reduce la cuestión a decir que hemos desplegado allí nuestra bandera en frente de los rebeldes, y debemos vencer antes de retirarnos. Dicho así, yo estoy conforme con el Sr. Cánovas; pero ¿qué es lo que su señoría entiende por vencer? No hay un solo de los capitanes generales que han estado allí, que diga que puede conseguirse y consolidarse la paz. Yo concedo que haya habido unanimidad en la anexión; pero el hecho es que después de verificada ha estallado la insurrección, y que ha ido tomando luego después las proporciones que vemos, por una de dos causas: o porque el carácter de los isleños es inconstante y no tolera un Gobierno durante mucho tiempo, o porque se los ha incitado a que se rebelaran con ciertas faltas de la administración.

Yo no creo esto, yo no quiero ni puedo creerlo; pero lo que no puedo menos de creer es que ellos nos ofrecen sólo su afecto, en cambio del dinero que nosotros gastamos allí en la administración para fomentar sus intereses, diciendo que ellos responden de la tranquilidad pública y de la integridad del territorio.

¿Qué es, pues, vencer? ¿Someter a los rebeldes y conservar la isla? Pues para eso hay que tener esa sangría abierta constantemente, y por esta razón no puede tener efecto aquello que decía el Sr. Cánovas de que con 77 millones más de lo gastado se hubiera vencido. Con esos 77 millones se hubiera podido dar más batallas; si pero no se hubiera vencido, porque la insurrección hubiera levantado e nuevo la cabeza tan pronto como se la hubiera ahogado en una parte.

La conservación de esa isla, pues, no nos puede ser fácil, porque allí el odio de raza, y si se hizo la anexión fué por el estado en que se encontraba la isla, después de habernos propuesto un protectorado humillante que a cambio de muchos compromisos de nuestra parte, sólo nos daba una ventaja ilusoria; cual era la importancia que habíamos de adquirir en América. Si nuestras colonias hispano-americanas se emanciparon a pesar de los multísimos beneficios que les habíamos dispensado, ¿qué nos podría suceder conservando a Santo Domingo con una guerra perpetua allí? ¿Qué influencia tenemos hoy en América; por no sé cómo el Sr. Cánovas del Castillo dice que por este abandono podríamos perder nuestras Antillas; yo no creo que eso suceda mientras tratemos a esas provincias como españolas.

Repito, pues, que no creo que haya posibilidad de conservar la isla: venceremos una vez y otra; pero la posesión pacífica será imposible; y por con-

siguiente, con la conservación daríamos pretexto a que una nación algo enemiga nuestra fuera en auxilio de la isla.

Se dice que nosotros tenemos el deber de mantener el honor de nuestra bandera: es cierto; ¿pero hemos sido derrotados allí? No, de ningún modo, si hacemos siempre huir a los dominicanos, ¿cómo puede afectar a nuestra honra el que nuestros soldados perezan de enfermedades en los hospitales? Podemos vencer una vez más si se quiere; pero ¿vamos a decir que es imposible obtener allí una dominación pacífica?

El Sr. Cánovas añadía, que no podríamos dar allí independencia a las personas que habían tomado parte por nosotros. Es indudable; pero el Gobierno ya ha manifestado que tenía tomadas sus medidas para hacer esto, y por eso se ha añadido lo relativo a esta materia por la comisión.

El Sr. Ulloa decía que no podríamos dar patria a los dominicanos por mucho que los diéramos; es exacto; ¿pero se quiere acaso que conservemos la isla sólo por darles patria? Eso es imposible. Hay más; el Gobierno hubiera tomado más medidas en esta cuestión si no hubiera sido por impedirsele estos documentos a que ayer se refería el Sr. Cánovas, en que se decía que no podía permitirse que las poblaciones emigraran en masa con el ejército. Pero estas personas que nos son leales, ¿pueden exigir de nosotros más de lo que es posible? ¿No han venido a buscarnos para que los diéramos patria? ¿Gobierno en cambio de perturbaciones? Pues entonces que no exijan más de lo que puede dárseles, y todo lo que se pueda se les dará.

Si, pues, las condiciones de la isla son malas; si es improductiva, y si no hay tampoco cuestión de honor; si para vencer hay que conservar, y esto es la muerte de nuestro país, ya tenemos los dos términos de la cuestión. Por un lado nuestra honra a cubierto; por otro la salvación de España. El Congreso resolverá lo que sea más conveniente a los deseos y a los intereses del país.

El Sr. ALZUGARAY: Deseo, señores, rectificar ciertos errores de concepto en que incurrió ayer el Sr. Cánovas al ocuparse de lo que yo había dicho el otro día. Sin embargo, al centrarme a la rectificación, no puedo defender mis ideas; pero esto lo haré en otra ocasión, y ahora me limitaré a cumplir el reglamento. Empezaré por dar gracias al señor Cánovas por las lisonjeras palabras que S. S. se ha servido dirigirme, y que agradezco muy por venir de una persona tan elocuente y de tanto talento como S. S.

El Sr. Cánovas decía que no había tratadistas que reconocieran mis ideas en punto a anexiones; yo tengo la culpa, a de que S. S. las busque en los tratadistas doctrinarios, ni de que S. S., que pertenece a esa escuela, se haya salido de sus mismas doctrinas al aceptar una anexión que no es un contrato, sino el reconocimiento del sufragio universal.

Y S. S. decía que yo llegaba a esas conclusiones con la filosofía, pero que no llegaba a ellas el derecho. Pero ¿dónde está, señores, ese divorcio entre el derecho y la filosofía? En ninguna parte; el derecho es el hijo primogénito de la filosofía.

También el Sr. Cánovas decía que el señor ministro de Estado y yo podríamos llegar a un mismo resultado en el porvenir de nuestras colonias; pero yo debo decir al Sr. Cánovas que eso mal, si existe, no le causa más nosotros, sino que le ha causado la anexión, cuyas consecuencias no pueden imputársenos. Lo que yo he dicho lo había dicho ya el capitán general de Cuba, D. Domingo Dulce. Si llegan esas circunstancias, no puede imputársenos a nosotros.

También dijo ayer S. S. que yo era el que había presentado aquí la cifra más enorme para conseguir la paz, y decía que en esa suma se incluía lo necesario para una red completa de carreteras. No lo que eran esas carreteras eran caminos militares necesarios para la ocupación de la isla.

En cuanto a que mi teoría de las anexiones no era aplicable más que a los contratos tan fácilmente rotos entre los comediantes y cantantes, yo puedo decir a S. S. que si eso hacen los cantantes y comediantes, es porque piensan en ese punto mejor que ciertos hombres políticos.

El Sr. SAAVEDRA MENESES: Voy a rectificar; es decir, a desvanecer el sentido dado a mis palabras por el señor ministro de Ultramar. S. S. ha supuesto, entre otras cosas, que yo había dicho que no se encontraran documentos antiguos para probar que el clima de Santo Domingo era malo. Yo no he dicho eso, sino que no se encontraran documentos para probar que era más mal sana esa isla que la de Cuba.

Respecto de la corriente del golfo, lo que yo he dicho es que esa corriente tenía por causa la diferencia de temperatura de los mares, y que conforme esta se eleva en aquellas regiones, se va desarrollando más la fiebre amarilla.

En cuanto a la causa que ha dado el señor ministro para las calenturas endémicas, no procede de que la yerba sea o no venenosa. Estas calenturas reconocen por causa allí y en todas partes la putrefacción de las sustancias vegetales con la humedad y el calor.

El Sr. ULLOA: Bien pudieran hacerse varias rectificaciones a los errores históricos, geográficos y numéricos del discurso del señor ministro de Estado. Bien pudiera decirse que la Francia había querido poseer a Santo Domingo mucho antes de que perdiera sus colonias en la India; que Haití no era la mitad de la isla de Santo Domingo, y que la raza que puebla esta isla no es la negra, aunque sí de color. Pero prescindiré de todo esto, citándole a manifestar que no es exacto lo que ha dicho S. S. acerca de los presupuestos de Santo Domingo. La administración completa de la isla estaba en el presupuesto de 1862, que no era más que de un millón y pico de duros, y el de 1863 no es de 113 millones de reales, como ha supuesto S. S., sino de menos de la mitad. S. S. ha confundido sin duda los presupuestos con las cuentas, y ha incluido en ese presupuesto los gastos extraordinarios de la guerra.

También dijo S. S. que se destinaba una cantidad insignificante para obras públicas y para instrucción pública. En el presupuesto de 1862 se consignaron para empezar las obras públicas 66,000 ps., y la instrucción pública, como no había más que enseñanza primaria, se puso en el presupuesto con los demás gastos municipales, entre los que se cuenta siempre la de esta clase.

S. S. no se ha hecho cargo de las causas que yo señalé para la insurrección, y ha dicho que esta dependía del carácter de los habitantes o de faltas de las autoridades. Si han cumplido estas bien o mal, puede preguntárselo S. S. a su colega el señor ministro de la Guerra, que ha sido capitán general de la isla.

Respecto de lo que ha de hacerse con los dominicanos leales, yo preguntaba lo que se iba a hacer con ellos. ¿Qué ha contestado S. S. hoy? Que la comisión había sido más previsora que el Gobierno, y que este haría cuanto pudiese.

Esto no basta; es preciso que se diga prácticamente lo que se hará, porque yo temo mucho que tengamos que presenciar allí escenas como las de 1847 en tiempo de Solouque.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Voy a rectificar con arreglo al reglamento; es decir, exponiendo el sentido de lo que dije el día anterior.

El señor ministro de Estado me atribuyó hoy haber sostenido que la causa de los acontecimientos del Callao era la conducta que el Gobierno observaba en Santo Domingo.

Yo no he dicho eso, ni creo que nadie lo pudiera comprender así; pero una vez suscitada esa duda, me conviene aclarar lo que yo he manifestado respecto de este punto ha sido que poca sería la importancia que podríamos tener en América después del abandono, cuando antes se arrastraba en el Callao por las calles a nuestros marinos. No es esto que yo trate de abrir un debate sobre los acontecimientos del Perú, ni podía hacerlo tributando la consideración y el respeto que yo justamente profeso al Sr. Pareja. Sin embargo, esos hechos han tenido lugar, y yo los conozco como todo el mundo. No sé si sus causas, ni las medidas que se han tomado para reprimirlos, pero la verdad es que hoy, lejos de aparecerse mejorados los peruanos con la presencia de nuestra escuadra, respetan nuestro pabellón menos que nunca.

Tras esto se hizo cargo el señor ministro de Estado de una pregunta que yo había hecho en la cual figuraba la palabra falso. Yo tengo que explicar lo que entonces dije.

Había leído un documento, me pareció que se ponía en duda lo que decía ese documento, y que hasta se me dijo que era imposible, y entonces, para aclarar *ad absurdum*, digo: pues que, ¿son falsos esos documentos? Pero es claro que al hacer esta pregunta, era porque tenía la evidencia de que no eran, de que no podían ser falsos.

Por lo demás, doy gracias al señor ministro de Estado, y también al de Ultramar, por el modo cortés y benévolo con que S. S. han tenido la bondad de tratarme.

El señor ministro de Ultramar no me ha comprendido, tal vez por explicarme yo mal, acerca del modo con que planteaba la cuestión. S. S. me oyó decir que yo creía que hoy ya no se debía tratar de la anexión, sino de si hecha esta y planteada la cuestión como lo está, era preciso o no vencer a los insurrectos; pero dejé aparte tanto la cuestión de la anexión, como la posterior del abandono o conservación de la isla.

S. S. me preguntaba qué entendía por vencer. Pues yo entiendo lo que todo el mundo entiende: que habiendo sido arrojados de Santiago de los Caballeros por la fuerza, volviéramos allí por la fuerza misma.

No entraré en la cuestión de si hemos vencido siempre en los choques parciales: no lo hemos hecho; pero de todos modos esto no indicaría que hubiéramos vencido en el total de la cuestión.

Respecto de presupuestos, lo que yo he dicho, fundándose en los documentos oficiales, ha sido que las cantidades que hacían falta para someter a Santo Domingo estaban divididas en dos partes: una que es menester emplear en la conservación de lo que tenemos en la isla, y otra que era la necesaria para enviar una expedición de 12,000 hombres de la Península, la cual bastaba para sujetar la rebelión; y como el gasto de esta expedición era de 77 millones, decía yo que la diferencia de haber vencido o no la rebelión, era de esos 77 millones nada más. Este argumento no se podía debatir de ningún modo; podrá dudar S. S. que se venciera con esa expedición; pero esta cuestión ya no es la que yo presentaba.

En cuanto a los 900 millones, se suponía que yo había padecido una equivocación al suponer que de esos 900 millones, 768 eran para una red de carreteras, y esto es exacto, sino que haya esa diferencia de caminos militares y caminos para viajeros y mercancías. Allí se proponen carreteras, y ese gasto, pues, no era gasto de guerra, porque nosotros en paz estamos haciendo otros análogos.

El Sr. ALZUGARAY nos ha acusado de haber aceptado al aceptar la anexión el sufragio universal. ¿Dónde está eso? Aunque entre los dominicanos hubieran hecho uso de ese sufragio, ¿qué tendríamos que ver con él nosotros que hicimos la anexión después de manifestada la opinión del país? Pero no ha habido siquiera eso; allí no se ha reconocido el sufragio universal de ningún modo. La Unión liberal lo que aceptó, sin fundar ningún derecho nuevo, fué una ocupación voluntaria de territorio.

En cuanto a que no hay tratadistas de derecho público que admitan las doctrinas del Sr. Alzugaray, queda demostrado con que S. S. no ha podido citar ninguno, y en cuanto a que la política y la filosofía son una misma cosa, yo contestaré a S. S. lo que decía Hegel contestando al plan propuesto por Kant de pacificación de las naciones: ¿Predicad cuanto queráis a las naciones; siempre conservará cada una por lo menos lo que tenga.

El señor ministro de ULTRAMAR: Señores, voy a ser muy breve.

El Sr. Saavedra, combatiendo una idea que yo había emitido sobre el origen de la fiebre endémica de Santo Domingo, dice que no es el que yo marcaba, porque esas fiebres dependían de la putrefacción de las sustancias vegetales con la lluvia y el sol. Pero, ¿destruye esto el que esa enfermedad pueda depender también de las existencias de las materias citadas por mí? De ninguna manera; al contrario, la existencia de estas está confirmada por su S. S. mismo al hablar de esa enfermedad, que se produce en los piés cuando se pisan yerbas con ellos desmenuados.

En cuanto al Sr. Ulloa, yo no disputo a S. S. la superioridad que tiene sobre mí en todas las materias; pero debo, sin embargo, reponer algunas cosas que no han quedado en el lugar que deben después del discurso de S. S. Desde luego creo que la Francia no obtuvo la colonia de Santo Domingo en la paz de Richwith; en cuanto a razas, yo no conozco la raza mulata.

Respecto a que en el presupuesto de 1862 no se había incluido toda la administración, es indudable porque no estaba toda planteada y el aumento de gastos no es exclusivamente de guerra, sino que se refiere también a otras cosas principalmente dependientes del fomento material y moral de la isla.

Tampoco dije yo que la causa de la insurrección fueran los errores de la administración; al contrario, dije que rechazaba eso.

En cuanto a que la comisión ha sido más previsora que el Gobierno, no es exacto, porque antes de ponerse ese artículo, el Gobierno había tomado ya sus medidas.

El Sr. Cánovas después ha hecho rectificaciones de que voy a hacerme cargo.

Yo me alegro de la manifestación hecha por el Sr. Cánovas acerca de los acontecimientos del Perú; pero al fin S. S. ha venido a decir que se había faltado a nuestros marinos y a nuestros representantes, y yo debo manifestar que lo hechos del populacho no demuestran el poco o mucho respeto que se pueda tener a las naciones, añadiendo que hemos recibido despachos que nos anuncian que la revolución que allí estalló, no contra nosotros, sino contra el Gobierno de Lima, había sido sofocada, y que su principal promotor, el general Castilla, estaba embarcado y navegando hacia Asia.

Luego S. S. se dirigió a mí extriniendo que le preguntara qué entendía S. S. por vencer. S. S. ha dicho que vencer por el momento; pues eso ya lo hemos hecho muchas veces, siempre; porque no pueden calificarse de derrotas las sorpresas que nos han hecho de algunos convayos.

S. S. se ocupó después de los presupuestos, y dijo que no le había entendido; si le entendí; lo que digo es que estaríamos en el mismo caso que antes después de haber gastado esos 77 millones. Lo que es imposible es continuar con una guerra que no tendrá nunca fin.

El Sr. ULLOA: Siento la interpretación dada a mis palabras por el señor ministro de Estado. Nada ha estado más lejos de mí que el ofender lo más mínimo a S. S.; pero rectificando errores es como se discute aquí.

En cuanto a que la raza mulata no lo es, yo la he considerado como tal, porque la gente de este color en Santo Domingo es la enemiga de la raza negra.

En cuanto a presupuestos, sin duda he oído yo mal al señor ministro; pero me pareció oírle asegurar que el presupuesto de 1863 a 1864 era de cinco millones y pico de duros.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende esta discusión. Se dio cuenta de los Reales decretos admitiendo la dimisión del Sr. Córdova y nombrando ministro de la Guerra al Sr. D. Felipe Rivero.

Pasó a la comisión de peticiones una de los retirados de Madrid, presentada por el Sr. Reina.

Quebraron sobre la mesa los estados sobre navegación remitidos por el Gobierno.

Quedaron igualmente sobre la mesa los dictámenes de la comisión de peticiones desde el número 62 al 73.

Se leyó la lista de los señores diputados que habían de acompañar los restos fúnebres del Sr. Ortiz de Urbina.

El Sr. PRESIDENTE: Orden del día para mañana: discusión del dictamen sobre créditos supletorios; cuentas de 1859, y demás asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Eran las siete.

PARTE RELIGIOSA.

SANTOS DE HOY. Santa Balbina, virgen y mártir, y San Amós, profeta.—No se puede comer carne.

SANTOS DE MAÑANA. San Venancio, Obispo y confesor, y la impresión de las llagas de Santa Catalina de Sena.

CULTOS RELIGIOSOS

Se gana el jubileo de Cuarenta Horas en la iglesia de las Escuelas Pías de San Fernando, donde principia el solemne setenario de la Virgen de las Angustias. A las diez habrá Misa mayor, y por la tarde a las cuatro y media la Estación y Corona Dolorosa, después el sermón, que predicará el P. Felipe Navarro del Corazón de Jesús, terminando con la Setena, *Stabat Mater*, y la reserva.

Continúan celebrándose las novenas de la Virgen de los Dolores, y predicarán: en San Sebastián, don Juan Sánchez, en la Misa mayor, y D. Mateo Yagüe en los ejercicios de la tarde; en Santo Domingo, don Juan Barbero y D. Miguel Martí; en Santo Tomás, don Ramon Delgado y un sacerdote escolapio; solo por la tarde en el Cármen Calzado, D. Mariano Puyol y Anglada; en las Recoletas, el Sr. Barbero; en las Calatravas, D. Castor Compañía; en San Andrés, otro señor orador; en San Millán, D. Joaquín Corral; en las Arrepentidas, D. Raimundo Carrillo; en San Marcos, D. Basilio Sánchez Grande; en San Antonio de los Portugueses, D. Manuel Solís; por la noche dirán el sermón en las novenas de Nuestra Señora: en la capilla Real, el Padre Cipriano Torres, predicador de su magestad; en San Pedro, D. Ambrosio Infantes; en Monserrat, D. Patricio Páramo; en Santa María, don Félix Amor; en San Ignacio, el Sr. Carrillo; en San Ginés, el Sr. Sánchez Grande; en Italianos, D. José Fernandez, y en Nuestra Señora de Loreto, D. José Losada.

Hoy dan principio los setenarios a María Santísima de los Dolores y predicarán: en los Servitas, el Sr. Infantes; en la Misa solemne, y D. Pedro Palomero en los ejercicios de la tarde; en las monjas de D. Juan de Alarcón, predicará por la tarde un padre escolapio; en San Luis, D. Pio Fraile; en San Martín, D. Francisco Villar; en San Lorenzo, D. Luis Peralta; en el Colegio de los Doctores, el Sr. Compañía; en Santiago, el Padre Juan José Romero; en Nuestra Señora de Gracia, el señor Rector y en San Isidro después de la misa se rezará la setena.

VISITA DE LA CORTE DE MARÍA. Nuestra Señora de la Almudena en Santa María, ó de la del Consuelo en San Luis.

Se reza de la Feria, con rito simple y color morado.

Fondos públicos.

CAMBIO AL CONTADO.	
Publicado.	No publicado.
Títulos del 3 p. $\Sigma$ conso- lidado. . . . .	" 47-00
Inscripciones en el Gran Libro al 3 p. $\Sigma$ id. . . . .	" "
Títulos del 3 p. $\Sigma$ diferido	" "
Inscripciones en el Gran Libro. . . . .	" "
Materia del Tesoro pre- ferente con interes . . . . .	" "
Idem no preferente, con interes. . . . .	" "
Idem sin interes. . . . .	" "
Participes legos converti- dos a 3 p. $\Sigma$ id. . . . .	" "
Idem del 4 y 5 por 100. . . . .	" "
Deuda amortizable de pri- mera clase. . . . .	24-50
Idem amortizable de se- gunda idem. . . . .	" "
Deuda del personal. . . . .	22-50
Deuda municipal de sisas del ayuntamiento de Madrid, con 2 1/2 de interes anual. . . . .	22-30
	"
ACCIONES DE CARRETERAS GENERALES, 3 P. $\Sigma$ ANUAL	
Emissiones de 1.º de Abril de 1850, de 4 4000 rs. . . . .	" 90-00
Idem de 4 2000 rs. . . . .	" 91-00
Idem de 1.º de Junio de 1851, de 4 2000 rs. . . . .	" 89-00
Idem de 31 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs. . . . .	" 85-00
Idem de 9 de Marzo de 1855, procedente de la de 13 de Agosto de 1852, de 4 2000 rs. . . . .	" "
Item 1.º de Julio de 1856 de 4 2000 rs. . . . .	" 85-00
Acciones de Obras públi- cas de 1.º de Julio de 1858. . . . .	" 85-00
Del Canal de Isxhel II, de de 1000 rs. 8000	" 102-00
Obligaciones del Estado para subvenciones de ferro-carriiles. . s. c.	81-00 y 80-80
Acciones del Banco de España. . . . .	138-00